



A dos  
milímetros  
de su  
boca

Dulce  
Merce

# **A DOS MILÍMETROS DE SU BOCA**

**De Dulce Merce**

# ÍNDICE

I

II

III

IV

V

Epílogo

Agradecimientos

**© 2017 Dulce Merce.**

**Todos los derechos reservados.**

**Editado por: Diana Alonso, Carmen Herrera y Sebastián E. Luna.**

**Maquetación: Sebastián E. Luna.**

**Banco de imágenes libres de derechos: Freepick.com y Pexels.com.**

**Edición portada: Diana Alonso**

**Primera edición: Septiembre 2017.**

**Depósito legal Safe Creative: 1511235845872**

**A los chicos de mi casa.  
A mis hermanas.  
Gracias.**

## I

**E**l móvil está sonando, pero me da igual. Me tapo la cabeza con la colcha y espero a que pare.

Otra vez la musiquita martillea mi cerebro.

—Maldita sea... —gruño al volver a escuchar la dichosa melodía. ¿En qué extraño momento de mi existencia decidí meter a los Black Eyed Peas y su *Boom Boom Boom* como tono de llamada? Ah..., sí. Ayer. No sé beber.

Meto la cabeza debajo de la almohada, ya que la colcha no amortigua lo suficiente, y decido seguir durmiendo.

Lamentablemente, el que sea que esté llamando no va a permitírmelo.

Pateo las sábanas con mala leche, golpeando el colchón con una furia desmedida, y me levanto, intentando localizar el maldito teléfono.

Parece que está cerca, pero no lo veo.

«Mierda...».

Consigo vislumbrar una tira de cuero color camel debajo de la cama... ¿tan mal llegué anoche cómo para haber pateado el bolso sin darme cuenta?

Tiro de él y revuelvo en su interior buscando el aparatito del mal.

«Carmen llamando».

—¿Carmen? —me pregunto extrañada.

Hace días que no sé nada de ella y, si me llama a estas horas, solo significa una cosa: trabajo.

—¿Diga?

—¡Joder, Jimena, ya era hora! —grita mi amiga al otro lado del teléfono.

Automáticamente le deseo una muerte lenta y dolorosa.

—También me alegra hablar contigo, nena.

—Déjate de chorradas. Tenemos un nuevo trabajo, un muuuuy buen trabajo. Así que vete a la *pelu*, depílate y arréglate como si fueras a ver a Jamie Dornam antes de venir.

—Carmen, llevo más de una semana sin saber nada de ti y ahora, ¿me reclamas así? ¿Y si tengo trabajo que hacer? —Escucho el silencio en la línea y me imagino a mi compañera de fatigas poniendo los ojos en blanco—. Bueno, vale, no tengo nada que hacer. Pero tendrás que ser más explícita, que no estoy para gilipolleces.

—Te vas a tener que conformar con lo poco que te he dicho. Arréglate y preséntate a las ocho en punto en el polígono de Las Mercedes; Nave 3.

—¿Me vas a pagar la gasolina?

—¿Estás loca? ¡Ni de coña! —dice riéndose—. Además, lo más probable es que seas tú la que acabe invitándome a unas copas.

Y me cuelga.

Llamo de nuevo porque no me ha dicho qué necesito llevar. Pero ya no me lo coge. Cómo odio que haga eso.

Me pongo a pensar que, después de todo, me ha conseguido un trabajo y no le doy más vueltas. Miro la hora en el móvil y me doy cuenta de que aún no son las doce. Hasta las ocho queda mucho tiempo.

Vuelvo hacia la cama y me tiro en plancha sobre ella después de poner el despertador a una hora prudencial. Lo justo para poder comer y lavarme un poco antes de ir; ni se me ocurre hacer nada de lo que me ha dicho mi amiga.

Faltan quince minutos para la hora y ya estoy aparcando mi Seat Ibiza, de color amarillo canario, delante de la Nave 3. Hay varios coches y alguna que otra moto ocupando los lugares del parking, pero no localizo el de Carmen por ningún lado.

Saco del maletero mi mochila y mi bolso con todos mis productos de maquillaje, y voy hacia el portón de entrada. Está abierto.

No veo a nadie dentro, aunque sí me parece escuchar algo de ruido al fondo del recinto. Doy un par de pasos y observo a mi alrededor. Parece un almacén de recambios de coches, y lo digo por la cantidad de ruedas viejas que se amontonan por todo el recinto. En la parte de atrás hay una estructura metálica de dos pisos que no me cuadra en un garaje. Pero bueno, algo irán a hacer aquí si requieren mis servicios; no le doy más vueltas y sigo avanzando.

La forma en que mis pasos retumban en el suelo de cemento, hace que parezca que estoy inmersa en la típica peli de terror en la que pones a parir a la protagonista por entrar donde no debe. Me da un poco de repelús que alguien pueda hacerme algo, la verdad, aunque también pienso que Carmen no me mandaría a cualquier sitio sin antes haber comprobado ella misma todos y cada uno de los detalles del trabajo.

—Hola —dice una profunda voz detrás de mí, haciendo que dé un pequeño salto del susto. Me doy la vuelta, con la mano en el pecho para calmar mi corazón, y dispuesta a echar la bronca del siglo, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Sigo sin poder hablar y es un problema porque ante mí tengo al espécimen más exquisito de *Homo sapiens* de género masculino que me he encontrado en toda mi tediosa y larga vida.

Casi dos metros de altura, moreno con el pelo muy corto, una barbita de

tres días de las que raspan al besarte, de ojos claros y una gran, gran, masa muscular. Vamos, que este chico vive en el gimnasio.

Mis neuronas hacen conexión y descubro que este es el motivo por el que Carmen me ha dicho que me arreglara. «Me cago en mi puta vida...», maldigo mi arranque de rebeldía en el que decidí ponerme unos vaqueros viejos y una camiseta de tirantes sin forma ninguna.

—Perdona, ¿estás bien? ¿Te has perdido?

Y encima parece más majo que las pesetas. Boqueo como un pez, intentando ordenar mis palabras antes de hablar, no vaya a ser que le suelte alguna burrada.

—No... Me ha llamado Carmen... Solo...

—¡Edu! ¡Por fin llegas tío! —Escucho a mi espalda otra voz masculina y ruido de pasos.

Me giro, dejando mi patética explicación colgada en el aire, y se me abre la boca como un buzón de correos.

«Santa. Madre. De. Dios. Todopoderoso».

Delante de mí aparecen seis tíos de la misma envergadura que mi interlocutor. Y yo me quiero morir.

¡¿Por qué coño no le he hecho caso a Carmen?! ¡¿Por qué?!

Pienso en las braguitas de Snoopy del H&M que llevo puestas y me dan ganas de darme de hostias, que son monísimas, sí, pero para nada adecuadas en este momento, porque tú ponte que por una casualidad de la vida acabo enseñándolas, aunque sea accidentalmente.

—Perdonad por el retraso chicos —dice el tal Edu.

Si mi alma saliera de mi cuerpo en este preciso instante para ver qué aspecto tengo, probablemente se estaría descojonando de mí por semanas: mirando hacia arriba, ya que mi estatura no supera la media española ni de coña, con la boca abierta, el moño que me he hecho de mala manera que se me está descolgando por momentos y algo de baba en la comisura de mi boca. Menudo cuadro.

Empiezan una ronda de choques de manos, de puños golpeando entre sí y de abrazos con fuertes palmadas en la espalda.

No estoy muy segura de haber cerrado la boca aún. Tampoco estoy segura de si he vuelto a respirar... Ni siquiera estoy muy convencida de que esas bragas de las que hablaba antes estén en su sitio; a lo mejor se han volatilizado y yo estoy aquí con todo el *parrús* al aire. Se me está yendo la pinza. ¡Pero es que jamás en mi vida me he encontrado rodeada de tanto tío bueno! ¡Es comprensible, ¿no?!

Y, mientras deliro, miro de uno a otro sin saber en quién fijarme más,

hasta que el tal Edu vuelve a centrar su atención en mí.

—Perdona, ¿me decías?

«Decías... ¿Qué mierdas estaba diciendo? ¿Quiero un hijo tuyo? ¿Puedo hacerte una mamada, por favor? ¿Me he muerto y estoy en el infierno dispuesta a pecar durante toda la eternidad?». Estoy divagando.

Tomo aire, cierro los ojos para centrarme un poco y carraspeo para asegurarme de que mi voz salga firme.

—Soy Jimena, la maquilladora —digo con un tono formal, es trabajo; ya tendré sueños húmedos más tarde.

Los siete chicos se giran y centran su mirada en mí. Joder... Si es que hay para elegir: rubios, morenos, pelo largo, rapados al cero, un mulato, un oriental... Canto mentalmente la estrofa de Los Secretos «He muerto y he resucitado...». Y yo que pensé que estos chicos no existían, que la infografía era el mejor invento de la humanidad después de la fregona y, mira tú por dónde... Me equivoqué.

—¿Nos va a maquillar este bombón? —ronronea el rubio de melenita por encima del hombro.

—¿Te manda Carmen? —pregunta el mulato.

—Sep. La misma. —Guau... Qué don de palabras. ¡Estás que te sales, Mena! Dos minutos más y empiezas con las onomatopeyas—. ¿Me podéis decir dónde están los camerinos?

Y lo pregunto en tono profesional, para, de este modo, evitar que me lean la mente y que sepan que estaba fantaseando con un *gang bang*. Y eso que me da cosica. Pero, ¿con estos tíos? ¡Me harían perder el norte!

Noto cómo me miran de arriba abajo. La verdad es que no aparento ser una maquilladora profesional. Para empezar no voy maquillada, y no soy de las que cuidan su imagen al milímetro. Eso sí, cuando me pongo, sé perfectamente sacarme partido. El problema es que me da una pereza tremenda, no como a Carmen, la chica que me ha pedido que me arreglara y a la que yo no he hecho ni puto caso por el simple placer de llevarle la contraria.

—La cortina detrás de los bidones —contesta Eduardo con una sonrisa de oreja a oreja que automáticamente devuelvo. Qué chico más... magnético.

—Gracias..., Edu. —Y le guiño un ojo antes de darme la vuelta y volar hacia los camerinos. Aunque estar en un sitio cerrado con tanta testosterona no creo que me ayude a aplacar mis ansias devoradoras.

Avanzo hacia el sitio que me han indicado y descubro que no es una habitación, sino una especie de mesa con el típico espejo con luces alrededor encima de ésta, todo apoyado en la pared del fondo. A la derecha me parece ver un bulto agazapado detrás de un montón de mochilas y bolsas. Carraspeo un

poco para no asustar a quien sea que está colocando los bultos.

—Buenas tardes —saludo, dando un par de pasos hacia delante.

La figura se levanta despacio y antes de darse la vuelta hace una especie de semicírculo con los hombros, como si tuviera toda la espalda contracturada y se quisiera colocar las vértebras una a una.

«¡Señor, qué espalda!».

—¿Tienes autorización para estar aquí? —me dice su potente voz antes de darse la vuelta. Qué borde, ¿no?

—Soy Jimena, la maquilladora. Carmen me ha...

—Ya le dije a Carmen que no te necesitábamos. Eres un gasto inútil.

—¿Perdona? —Este tío es gilipollas. Fin.

Se da la vuelta y me mira de arriba abajo, casi de forma despectiva. Sin embargo, a pesar de estar mordéndome la lengua con fuerza para no soltar algún «zas, en toda la boca», reparo en que este chico..., hombre..., chico, está muy bueno. Demasiado bueno. Mierda, ¡está cañón! Y yo soy una pobre desgraciada por pasarme las órdenes de Carmen por el arco del triunfo.

—No tenemos tanto presupuesto y a Carmen se le ha ido la pinza. —Chasquea la lengua y se frota la frente en un claro gesto de frustración.

—Carmen es la mejor estilista y arquitecta de interiores que he conocido en mi vida. Y, por lo que a mí respecta, y a riesgo de parecer una engreída, yo soy una de las mejores maquilladoras de toda España. No soy una inútil. —Vamos, lo que me faltaba ya... Imbécil.

—No me refería a tus aptitudes, que no discuto, me refería a lo que nos va a costar pintar un poco de hollín en un par de mejillas. Eso lo puedo hacer yo, joder.

—Pues adelante. Si sólo hay que pintar hollín, no voy a gastar mi tiempo aquí.

Me está tocando el coño el gilipollas este. Así que me doy la vuelta, levantando la barbilla en el proceso, y me dirijo hacia la salida. Nunca me ha dado tanta rabia que menosprecien mi trabajo, jamás. Pero este... este... individuo, me ha sacado de mis casillas en dos segundos. Sobra decir que yo tengo la mecha muy corta, y si me desprecian, desprecio. No hay más.

—¡Jimena! —escucho a mi derecha. Carmen trota hacia mí con un escote que le llega hasta el ombligo y unos pantalones pitillo que le están disimulando la celulitis de una forma envidiable. Capulla...

—No me pares, Carmen. Me voy de aquí —digo súper indignada. Esto no lo pienso permitir. Me recoloco la mochila y acelero el paso.

—¡Jimena, para! —escucho detrás de mí—. Para joder, que me voy a matar con estos tacones.

Cierto. He visto que llevaba los botines de salir. Diez centímetros, ahí es nada... Que se joda, me tenía que haber avisado de que iba a haber tanto tío bueno por metro cuadrado, y de que tenía que enfrentarme con don *notenecesitoporqueeresungastoinutil*.

*Sep*, por lo menos eso me lo podría haber ahorrado.

—No paro, me has ocultado información. ¡Eso no se hace! —grito, importándome bien poco que siete chicos estén absortos mirando la escena.

—Mena, por favor... ¡Al menos dime por qué corres! —me llama por el diminutivo porque sabe que me ablando automáticamente. Pero no. Tengo que ser fuerte. ¡Que llevo unas putas bragas de Snoopy por su culpa, coño!

—Ni Mena ni hostias, Carmen. Me ha llamado inútil, ¡inútil! ¡A mí!

—Pero, ¿quién? —pregunta mientras frunce el ceño a la vez que el ogro macizo sale de su escondite.

—¡Ese!

Todos, absolutamente todos, giran la cabeza en dirección a la cortina que oculta el camerino. Él me observa, impertérrito, mientras parece hacerme budú con la mirada. Estrecho los ojos, me estiro para parecer más alta —porque llevo mis converse en lugar de tacones por no hacer caso a mi amiga— y hago lo mismo: budú.

—¿Se puede saber qué le has hecho a esta pobre chica, Rodrigo? —dice Edu; este sí que es majo, no como Ro-dri-go. Me descojono mentalmente del nombre.

—Solo le he dicho que no necesitamos una maquilladora, luego ella se ha hecho la ofendida.

Este tío es tonto; le falta un hervor. Tanta belleza le ha tostado el cerebro.

—Yo no me he hecho la ofendida. Tú me has ofendido con tus comentarios, que es distinto. —Según lo digo, me coloco de nuevo la mochila al hombro y me vuelvo a dirigir hacia la salida de la nave.

—Pero yo quería las manos de esta monada en mi cuerpo —lloriquea uno de los chicos, probablemente con ceguera congénita. Monada dice...

Sonrí involuntariamente, pero no me paro. Hasta que noto la pequeña mano de Carmen sujetarme por el codo.

—Espérate, joder —masculla. Se asegura de que me he parado y se da la vuelta para hablar con Rodrigo—. Tú. Te dije que quería a Jimena conmigo. Ella es la mejor, y solo trabajo con las mejores.

Ahí está mi amiga Carmen, más burra que un *arao* a veces, pero con un corazón que no le cabe en el pecho.

Observo cómo Rodrigo ni se inmuta, se encoge de hombros y se mete de nuevo hacia la zona de vestuario.

—Haz lo que te dé la gana —dice, ácido, antes de desaparecer del todo—. Como siempre.

El chico rubio que me ha piropeado dos veces..., dos, se pone a mi lado y con cuidado coge mi mochila.

—Ven, yo te ayudo —me dice guiándome de nuevo hacia la zona de vestuario. Carmen viene detrás.

—¿Por qué no te has arreglado como te dije? —me susurra al tener mi oído a su altura.

—¿Por qué no me has dicho que estaría rodeada de tanto *guapazo* por metro cuadrado? —*contrapregunto* en el mismo tono—. Ya me conoces, joder; se me da muy mal eso de aceptar órdenes.

—Sabéis que estoy al lado y os escucho perfectamente aunque habléis así de bajito, ¿verdad? —dice el rubio. Pilladas. Observo cómo Carmen le guiña un ojo y sonrío mientras encoge los hombros. ¡Qué guapa que es la *jodía*! Si yo hiciera eso, me parecería al *Príncipe de Bel Air* haciendo el monguer. No sé ir de rompecorazones por la vida; ella, sin embargo, tiene un jodido máster.

—Gael, sé bueno y no digas nada... Y tú, si te digo que te arregles es por algo, coño, ¿no ves que aquí puede terminar tu época de sequía?

Hala lo que me ha dicho la muy puta delante del rubiales. ¡Será cerda!

—Pues, para que lo sepas, ayer salí con Itziar y Laura y ligué —digo muy resuelta, parándome y poniendo los brazos en jarras.

—He comido con Itziar y me ha contado todo. Así que ahórrate los detalles.

Le dirijo una de mis miradas del mal, pero se descojona de mí. Esto de que me conozca tan bien es una mierda.

Y que Itziar y Carmen sean hermanas y se lo cuenten todo, también.

Miro al rubio, a Gael, que parece pasárselo pipa con mis desgracias, y le quito mi mochila de las manos.

—En media hora empiezo con vosotros, avisa a los demás —le informo antes de dirigirme a mi supuesta mejor amiga—. Y tú, perra del demonio, la próxima vez dame más datos desde el principio. Dime qué tengo que hacer con ellos. ¿Vamos a protagonizar una peli porno? —bromeo.

—Más quisieras... No. Van a grabar un video. Rodrigo es el director y coreógrafo. Conozco a Rodri desde el colegio. No es tan capullo —intenta justificarle, pero conmigo ya ha demostrado todo lo que tenía que demostrar.

—Me ha llamado inútil, no me ha pedido perdón... Es un capullo. Fin.

Ella me mira raro. Conozco esa mirada. Está intentando psicoanalizarme y me incomoda, así que me dirijo hacia el camerino a esperar a los chicos.

—Pues el capullo es quien te debe decir qué quiere. Es el director.

—¿Ropa? —pregunto resignada, en tono profesional, antes de girar la esquina.

—Pantalones y botas de militar.

Miro por encima del hombro y la descubro sonriéndome de oreja a oreja. Le brilla un colmillo y, en esta ocasión, no es por el implante de circonita que se puso el año pasado.

Encuentro al «director» frente a uno de los espejos, con los puños apoyados en la mesa que hay debajo. Aprieta la mandíbula con insistencia en un claro gesto de mala leche contenida, como si le asqueara la situación. Bueno, pues yo también estoy asqueada.

—A ver, Rodri —comienzo a decir utilizando el mismo diminutivo que ha empleado Carmen—. Dime qué es lo que quieres que haga con ellos y terminemos con esto cuanto antes. —No me mira; sigue pendiente de la mesa.

—Me llamo Rodrigo —me corrige, serio; me apetece tocarle los cojones.

—Como quieras... Rodri. ¿Me dices qué es lo que pretendes hacer con todos esos chicos? —Lo miro, esperando que salte como un gato, pero no lo hace. ¡Qué decepción! Gira la cabeza lentamente y me vuelve a mirar de arriba abajo. Quizá me sienta un poco intimidada cuando me mira así. Solo quizá.

—Vas a ser un puto grano en el culo, ¿verdad? —Creo que mi boca no puede abrirse más. Estoy alucinando por su tono déspota y endiosado—. Y no me mires así, porque esta vez has empezado tú. Soy Rodrigo. No soy Rodri, ni Ro. Soy Rodrigo.

Sus ojos me están queriendo matar desde hace rato, pero los míos no le están dando cuartel. Como alguien se ponga ahora mismo entre los dos lo asesinamos por error.

No me amilano, al contrario, me acerco, dejo caer mi mochila a sus pies y cuento hasta doce antes de volver a hablar.

—Como quieras, Rodrigo. Carmen me ha dicho que hable contigo para saber por dónde empiezo. Dime, ¿qué vas a hacer con ellos? ¿Qué vais a bailar? —He empleado mi tono neutro y profesional. Cambio de táctica. Él está observando mi reacción y calibrando si tomarse en serio mi tono profesional o no. Parece que acepta la tregua.

—He hecho un cover de una de las canciones de moda. Quiero hacer un baile súper caliente. Como si fuéramos todos mecánicos apunto de hacer una limp...

—¿Bailas tú o solo diriges? —pregunto cortando su explicación. Me acaba de poner *taquicárdica* perdida. Pero es que, como encima le tenga que maquillar a él también, me va a dar un ataque o dos; quizá incluso me tiemble el

pulso y no quiero sentirme débil delante suyo.

—Soy el coreógrafo. Pero también el bailarín principal.

Glups... «¿Ves? Ya he empezado con las onomatopeyas».

—¿Se puede? —pregunta Edu, asomando la cabeza lo justo para ver en qué situación nos encuentra después de verme entrar en el camerino con mi cara de arrancar cabezas a mordiscos. Es tan mono...—. Nos ha dicho Gael que vengamos.

Detrás de él asoman las cabezas de todos ellos.

«Madre del amor hermoso... Después de esto voy a quedar en estado catatónico para toda la vida».

Ocho tíos, a cual más guapo, bailando medio en bolas delante de mí durante varios días... Lo dicho... «Muerta, *morida*, *matá*». Y no sólo bailando, no. Ocho tíos, a cual más guapo, que tendré que maquillar y *requetetoquetear* en el proceso.

Escucho un carraspeo. ¿Me han preguntado algo?

—Decía que dónde nos ponemos —aclara Gael, al verme fruncir el ceño.

—Eeh... Sí, perdona —sonrío de manera estúpida mientras me disculpo, evitando mirar a Rodrigo—. Antes de empezar yo a hacer nada, necesito que os pongáis la ropa con la que vais a grabar.

—¡Pero si vamos a estar medio en bolas! —me dice uno morenito, con el pelo al uno, unos ojazos castaños y la piel más tersa que he visto en mi vida. Me cae bien.

—Bueno, pues que os la quitéis. —Guiño un ojo y sonrío de medio lado, marcando hoyuelo, intentando parecer coqueta y no gilipollas.

Escucho el bufido de Rodrigo detrás de mí y, aunque me he visualizado perfectamente dándome la vuelta y calzándole una torta, lo ignoro. Prefiero centrarme en los demás. Son más simpáticos.

Observo a mi alrededor. Hay muy poco espacio para meternos todos aquí, así que les dejo cambiarse y yo salgo para estar con Carmen y que me cuente ella lo que sepa del vídeo que van a grabar. No quiero volver a preguntar a don *nomellamesrodri*. Ya me ha dicho que va a ser un vídeo subidito de tono.

—Bueno, qué —me dice con esa sonrisilla tonta que pone cuando me oculta cosas—. ¿Qué te parece el nuevo trabajo?

—¿Que qué me parece? Qué voy a necesitar renovar bragas porque todas morirán calcinadas nada más entrar aquí. —La escucho reír y la imito de buena gana.

La verdad es que después de la mala leche contenida necesito liberar estrés. Van a ser ocho cuerpos que atender al fin y al cabo. Ocho... ¡Y para mí sola! No sé si celebrarlo o darme cabezazos contra la pared ahora que lo pienso.

—¿Has hablado ya con Rodrigo de lo que quiere? —me pregunta cuando se calma.

—Hablar lo que se dice hablar... No.

—¿Se puede saber qué te pasa con él? —Frunce el ceño, extrañada—. Es un cielo de tío. —Ahora la que frunce el ceño soy yo.

—¿Un cielo? Uno nublado, ¿no? Con muchos truenos, relámpagos y voces tipo Constantino Romero en *off* diciendo «No me llames Rodri» —y lo digo engolando la voz como si fuera una profesional imitadora.

—Mira, le conozco desde que íbamos al instituto, ¿vale? Y siempre he podido contar con él. Es un tío genial, lo que pasa es que todo lo que tiene que ver con el trabajo y el baile se lo toma demasiado en serio. Es una oportunidad para él, para cruzar el charco y desarrollar así su carrera como bailarín. Ha invertido parte de sus ahorros en que todo salga bien y está nervioso. Por eso quizá esté siendo un poco capullo. Pero es buena gente, lo juro.

Sé que me dice la verdad. Nos conocemos desde hace tiempo, pero visto lo visto... Me cuesta creerlo.

—Bueno, será un angelito cuando está contigo y todo lo que quieras, pero hoy he cubierto el cupo de chulos en mi sistema. Así que, ¿me puedes decir tú qué vais a hacer aquí?

Vuelve a cambiar ese gesto al de perra salida y comienza a narrarme con todo lujo de detalles lo que van a hacer, al más puro estilo *Magic Mike*.

Yo de esta no salgo viva. Encontrarán un montoncito con mis cenizas y un cartelito en el que ponga: murió por combustión espontánea al tener que ver a ocho *guapazos* moviendo la cadera al compás de *Earned It...*

Lo dicho. Muerta.

Carmen me va a ayudar para que sea todo más rápido, la pobre... Ella es la que estará poniéndose las botas ayudándoles a vestirse. Ya la veo, melena va, melena viene, poniendo ojitos a todos para ver a quién se lleva al huerto.

Seguro que se liga a Eduardo, la muy...

Paro de pensar cuando veo a Rodrigo frente a mí, sin camiseta, con pantalones de loneta azul y botas de militar. Se me acaba de descolgar la mandíbula, ¡no lo he podido evitar! Me mira con esos ojos grisáceos, que me hacen olvidar que es un gilipollas, y me habla. Pero yo no le escucho. Estoy muy ocupada intentando respirar. «Respira, Menita».

—Decía que ya estamos listos. ¿Qué hacemos ahora?

Bajar al pilón. Uno detrás de otro, no hago ascos a ninguno.

—V-Voy... Ya voy...

Carraspeo, intentando que mi tartamudeo pase desapercibido, pero veo

cómo una sonrisita de autosuficiencia empieza a asomar en su cara. Se ha dado cuenta de mi repaso visual... Mierda.

Entro en la zona de los camerinos y olfateo el aire. Huele a macho ibérico, pero mi pituitaria se olvida del olor porque ante mí aparece el sueño de cualquier mujer que pise la faz de la tierra. Esos hombres semidesnudos, mirándome sonrientes y todos deseando que me ponga a trabajar sobre ellos...

Exceso de babas en mi boca y humedades varias descendiendo mientras cantan *Como una Ola* de la Jurado. Así está la cosa.

Están tremendos. No es que estén buenos no, verlos de cerca impone un huevo, cualquier chica los consideraría como algo inalcanzable. Y por un par de horas son todos para mí.

—Dime, jefa... ¿Por quién empiezas? —pregunta un sonriente Gael.

Por favor, por favor, por favooooor. Que no se le ocurra a nadie despertarme de este sueño o le escupo en un ojo.

## II

Cierro por un momento los ojos e intento rebajar mis pulsaciones, mientras saboreo una de las chuches que llevo en el bolso. Me centro en el sabor de esta delicia con forma de botella de coca cola, en cómo mis papilas gustativas absorben todos los químicos que llevan estas gominolas; me centro en esto porque como me deje llevar ahora mismo por lo que estoy pensando, a mí, hoy, me llevan presa.

Puedo decir a estas alturas de la noche, y sin lugar a dudas, que este es uno de los trabajos más complicados que he realizado en mi vida. Y no es que tenga que hacer virguerías para que esos cuerpos parezcan perfectos. Ya lo son. A ninguno he tenido que pintarle las sombras de los músculos abdominales ni de los bíceps porque ellos ya están muy, pero que muy bien dotados en este sentido.

No.

La dificultad de este trabajo radica, principalmente, en no gemir cada vez que los toco, en controlarme para no frotarme como una gata en celo contra ellos, en ponerme frenos mentales para no parecer una cerda salida, porque se me ocurre cada guarrindongada... «¡Ay, omá!».

Requiere un nivel de concentración alucinante. Vamos, que ni el Dalai Lama se concentra tanto en su vida contemplativa. Mi gesto es serio y no he abierto la boca más que para morderme los labios porque a puntito he estado de dejarme llevar en más de una ocasión.

Ya están listos, y ensayando, Gael, Eduardo, Tobías, Huang —al que todos llaman Juanito—, David y Luis. Solo me quedan Silvestre y Rodrigo.

Al final me he puesto a maquillarlos en el centro de la nave, mientras los de *atrezzo* preparaban el escenario. Y es que he de reconocer que si me quedo con ellos detrás de esas cortinas a solas, habrían llamado al 112 por acoso laboral. Así, con más gente, me concentro mejor en hacer mi trabajo y no en querer lamer cada ombligo que se me pone a tiro.

Inspiro y masajeo mi cuello antes de enfrentarme al siguiente reto. Luis me ha dejado para el arrastre.

—Hola, Jimena —saluda una voz súper suave. Me giro con una sonrisa al darme cuenta de que no es Rodrigo. Él está al otro lado de la sala supervisando los trabajos de unos obreros que colocan una especie de andamios. Y la sonrisa que extiendo por mi rostro hace que no parezca un perro babeando frente a un bistec. Bueno, perra en este caso—. Me ha dicho Luis que ya me

toca. ¿Me quito ya la camiseta?

Asiento varias veces mientras trago babas y aprieto muslos sin que apenas se note. Silvestre. La madre que parió a Silvestre... «¡Déjame ser tu Piolín!».

Se levanta la camiseta enseñándome sus perfectos músculos y sus tatuajes. Trago al ver esa cruz entintada entre sus pectorales.

«¡Pero si tiene más tetas que yo, por dios!».

Él me mira con esa cara tan de niño en ese cuerpazo de hombre, y yo me deshago por dentro. Pero tengo que reaccionar... tengo que reaccionar ya o me va a dar un tabardillo. Toso un poco para aclararme la voz.

—Ven, Silvestre, déjame que te ponga esto en la cinturilla del pantalón —digo en tono profesional mientras empiezo a coger como una posesa los tisúes que he dejado en una banqueta a mi lado. Ahora viene lo peor: colocar esos dichosos pañuelos entre su piel y la ropa para que ésta no se manche con el aceite. Es más, tengo que hacerlo sin que me tiemble el pulso. Inspiro, espiro, inspiro...y espiro despacio mientras le miro a los ojos, intentando buscar la calma que necesito.

Error.

Tremendísimo error. Ahora me tiembla el chichi y encima soy incapaz de romper el contacto visual.

—¿Estás bien, Jimena? —pregunta él con cara de verdadera preocupación.

—No..., ¡sí! —¡Ya no sé ni lo que digo, joder! ¡Un poco de mesura, Mena, por tu padre!— Y llámame Mena, si quieres.

Él se ríe, negando con la cabeza. Tiene una sonrisa tan bonita, tan dulce... Me dan ganas de agarrarle y acunarlo entre mis pechos para que me confíe todos sus problemas.

¡Bueno, basta ya!

Hago círculos con mis hombros y me concentro. No puedo ser tan zorrón... no me pueden gustar todos... pero, sobre todo, no puedo consentir que este ansia repentina por el género masculino arruine mi trabajo.

«Seriedad, Mena».

Procedo a meter pañuelo a pañuelo como he hecho con los demás: procurando no rozarles. Pero claro... una cosa es procurar y otra conseguir. Resoplo. Noto la gota de sudor resbalando por mi sien al más puro estilo dibujo manga.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta de nuevo—. Parece que estás un poco pálida. —Y sudando hasta por debajo de las tetillas, pero esto no lo tiene por qué saber nadie.

—Sí, sí... Fenomenal —respondo en un tono totalmente hipócrita. Es jodido mantener esta fachada cuando lo que realmente quiero es acabar en horizontal, vertical y diagonal con todos y cada uno de ellos y dejarme de historias. Pero yo no soy así. Yo soy la amiga simpática que liga de vez en cuando, no la que se lleva a todos de calle, como Carmen—. Ahora te voy a poner una base en la piel para oscurecerla un pelín nada más; después te colocaré el aceite en el cuerpo. Y te pido perdón de antemano porque tengo las manos heladas.

Silvestre se ríe, levanta los brazos, y yo comienzo a pintar sobre su cuerpo. Aplicó la base con cuidado, observando cómo su piel la absorbe sin problemas. Este chico sin duda es el que tiene la piel más bonita. La sonrisa más bonita. Los ojos..., no; los ojos más bonitos los tiene mi archienemigo Rodrigo. ¡Qué pavo que tengo encima, madre mía! Si mi abuelita levantara la cabeza... me llamaría putón verbenero si pudiera leer mi mente calenturienta.

—Vuelve... —susurra Silvestre, muy cerca de mi cara.

—Perdona, es que tienes una piel preciosa. —«Mierda... ¿en qué quedamos Mena? ¡Nada de hablar que la cagas!».

—Vaya, gracias —contesta riendo—. Nunca antes me habían dicho algo así.

Yo le sonrío y me muerdo la lengua para no responderle lo que realmente pienso: que será porque antes no le han mirado bien. Encojo los hombros y vuelvo a mi tarea.

Aceite. Pffff.

Me agacho para recoger la botellita que tenía de aceite corporal en el suelo y coloco una cantidad moderada en las manos. Mañana voy a tener que traer dos botes de un litro, ya que será cuando hagan las tomas más largas y tendré que retocarlos.

Froto mis manos y vocalizo un «lo siento», realmente las tengo muy frías. Me parece escucharle decir la típica frase: manos frías corazón caliente, pero no le presto mucha atención porque ya estoy tocándole y me quiero morir en este preciso instante. Todo mi interior ronronea de gusto y yo me quedo con ese «rrrrrr» atorado en la garganta. Gracias a dios, mis cuerdas vocales permanecen fieles a mis neuronas y no a mi coño; de lo contrario estaría aullando como una loba en luna llena.

—¿En qué lugar estarás en la coreografía? —le pregunto más por saber si esforzarme en su cara o no.

—Estaré atrás del todo. No creo que me enfoquen mucho.

Sonrío mientras me seco las manos en la toalla, saco otra bolsita de gominolas de Coca Cola que me he guardado en el bolsillo del pantalón y le

ofrezco una. Siempre llevo estas chuches mientras maquillo porque son mi vicio. Unos mascan chicles sin azúcar, yo muero por sobredosis de azúcar en cada trabajo. Silvestre declina mi oferta y yo me meto dos en la boca. Sé que él ya no necesita nada más, que está perfecto así, pero, como quiero retrasar el momento de maquillar a Rodrigo lo máximo posible, le aplico un poco de base también en la cara, además de los típicos tiznajos de grasa... Aunque, la verdad, yo conozco a un mecánico muy majete y lo que lleva siempre sucias son las manos, no la cara. Pero soy una mandada.

—Pues ya estás listo —digo terminando de extender la pintura por sus mejillas. Otro que ha sobrevivido a mis ansias asesinas. Por lo de matarlos a polvos y eso.

Frunzo el ceño al notar una pequeña vibración en mi culo. El móvil. Me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón y ni me acordaba. Lo saco y observo que tengo un *WhatsApp* de Itziar.

—Perdóname, Silvestre, ¿podrías decirle a Rodrigo que solo queda él? —le pido mientras desbloqueo el móvil.

—Claro, rubia. —Me guiña un ojo, coge la camiseta que había dejado en la banqueta y abro los ojos como platos.

—¡No te la pongas! —grito. Pero esta vez no es por deleitarme en las curvas de ese cuerpo tan perfecto, sino porque sé que mi trabajo se iría a la mierda.

—Tranquila, no pensaba hacerlo.

Camina hacia atrás con las manos levantadas y un gesto de burla en su rostro. Me río y me centro en el mensaje de mi amiga.

«Tienes cara de acelga».

«Relájate y disfruta mujer».

«Tienes el mejor trabajo del mundo mundial y eres una hija de puta por no compartir».

«¡¡Llévame de ayudanta, mamona!!».

Y yo me descojono y tecleo rápido. ¿Dónde coño ha visto mi cara para saber que la tengo de acelga? Ella no contesta, simplemente me reenvía una foto en la que aparezco con mis manos extendidas sobre el pecho de Edu.

Me quiero morir.

Levanto la cabeza para localizar a la perra traidora de Carmen; está hablando con Tobías. Estrecho los ojos, en ese gesto universal de «te estoy perdonando la vida», y me hierve la sangre en cuanto la veo sonreír. Empiezo a caminar hacia ella, móvil en mano, pero algo me impide avanzar más: unos dedos, largos y finos, me están cogiendo del brazo. Me giro y alzo la vista hasta toparme con don *nomellamesrodri*, taladrándome con esa mirada tan intensa, tan

azul. No sé el tiempo que estamos así, pero por un momento se me olvida que tengo a Carmen a doscientos metros y que la muy cabrona está compartiendo fotos mías sin mi permiso.

No hablo, solo intento descifrar qué le pasa por la cabeza, qué oculta esa pose tan fría que se empeña en mantener.

—Solo quedo yo, ¿dónde vas?

Le quiero soltar algún *zasca*, pero amplío el campo de visión y todas las frases ingeniosas mueren en el trayecto que recorren mis neuronas. Han caído todas fritas nada más ver su torso desnudo. Boqueo pensando, ilusa de mí, que al mover la mandíbula las palabras saldrán como por arte de magia, pero no es el caso, y me quedo con la sensación de parecer un pez muriendo por asfixia en las manos de un pescador furtivo.

Es delgado, pero fuerte. Su cuerpo no es tan voluminoso como el del resto de bailarines, pero tiene todos y cada uno de sus músculos bien marcados. Y la uve... «¡Ay dios! ¡Qué pedazo de uve!». Además, no está depilado. Una línea de bello avanza desde el ombligo hasta perderse en la cinturilla del pantalón azul. «Di algo, Mena, por lo más sagrado, ¡di algo!».

—Tengo que decirle una cosa a Carmen. No tardo. —Y me intento ir, pero no me deja avanzar.

Miro su mano en mi brazo; no es que esté apretando fuerte, lo justo para hacerme notar que no quiere que me vaya, y después me centro en su cara, levantando una ceja en un claro gesto de advertencia. Él lo pillá y me suelta. Chico listo...

—Perdona. Es que necesito moverme ya; me estoy pelando de frío. —Se mete las manos en los bolsillos y mi vista se desvía, no sé cómo, a sus pezones. Pequeñitos, duros... Me muerdo los labios por dentro por no hacerlo de verdad, que es lo que realmente me apetece.

—No tardo, en serio —digo mientras me alejo lo suficiente para que no me vuelva a frenar.

Me giro y voy como una flecha, sin pensar mucho en la mirada que me acaba de lanzar el coreógrafo, hacia Carmen que está hablando con Eduardo. Corrijo, está intentando ligar con él, pero el moreno no muestra ningún interés en ella lo cual me hace sonreír por dentro.

—¡Borra esas fotos! ¡Ya! —Ella me mira y se descojona mientras niega. La miro seria y ella frunce el ceño, como si no me entendiera.

—¿Por qué? Solo se las he mandado a Itziar y a Laura. Y no estás haciendo nada malo. Por dios, nena, te han hecho fotos trabajando mil veces. Relájate.

—Pero, ¿has visto qué cara? —pregunto mientras enseño la prueba; y es

que en esa foto aparezco con una mueca tan... de vieja verde, que no me reconozco ni yo—. ¡Bórrala!

Carmen me mira, muy seria y muy fijamente a los ojos. Ahí está otra vez, tratando de leer a través de mí.

—Vale, ¿me puedes explicar qué es lo que te pasa? —pregunta frunciendo el ceño—. Hemos trabajado juntas millones de veces y te he sacado un montón de fotos maquillando... Jamás te he visto tan tensa. Solo la he mandado para dar envidia a estas dos, no para meterme con tu cara.

—Mira, Carmen. —Y tomo aire antes de confesarme—. Nunca he estado tan nerviosa con un trabajo. Estoy intentando disimular que estoy más salida que el pico de una mesa porque no follo desde hace año y medio, ¡año y medio! No hago otra cosa que pensar... burradas.

—Pues precisamente por eso, relájate.

—Además...

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡Hay un además! —grita provocando que Edu, que está ensayando con Gael a dos metros de nosotras, se dé la vuelta.

—Es que me toca ahora maquillar a Rodrigo y quizá, solo quizá, esté un poco más nerviosa de lo normal. —Miro a la dirección donde se supone que está y lo veo apoyado en la banqueta, donde tengo mis pañuelos, con los brazos cruzados y cara de mala leche. Si las miradas matasen yo habría caído fulminada hace rato.

—Te gusta —me dice con un soniquete estúpido. ¡Bienvenidos a primaria!

—¡Pues claro que me gusta! ¿Tú le has visto? —pregunto intentando que no se me note que hablo de él. Pero esta vez Gael es el que se ha dado la vuelta, con una sonrisita, así que, me temo que lo de pasar desapercibida... va a ser que no—. Además tiene esa cara de... de... borde, gilipollas, *buenorro*.

Me fijo de nuevo en él y veo cómo pasa una de sus manos por la cara en gesto de plena desesperación. Me temo que lo estoy empeorando.

—Es un buen chico, Mena. —Hostias, la Carmen seria acojona de verdad—. En la facultad tuvo que pasar por mucha mierda y quizá ahora parezca un poco retraído. Pero nada más.

—Ya, ya... Es buena gente —contesto repitiendo sus propias palabras.

—¡Jimena! —grita el destinatario de nuestros trajes a medida desde la otra punta de la nave. Abro los ojos como platos y miro a mi amiga. «¿Ves?», le pregunto con el poder de mi mente. Ella sólo encoge los hombros.

—Borra la puta foto —sentencio mientras guardo de nuevo el móvil y me giro para reunirme con Rodrigo.

Hago ademán de despedirme de Gael y Edu, pero ellos están ensayando

unos cuantos movimientos. O eso parece... Uy, ¿eso que estoy viendo es una mirada cómplice?

—¡Jimena, por dios! —vuelve a gritar, y esta vez se giran hasta los que están colocando los focos.

Camino rápido hacia él y, cuando estoy a su altura, le apunto con el dedo y hablo, apretando la mandíbula para no alzar la voz, que es lo que me pide el cuerpo ahora mismo.

—No eres mi padre. No eres nadie. Así que, como me vuelvas a tratar así, te voy a dar tal patada en los huevos que te vas a atragantar con ellos. ¿Estamos?

—Perdón —dice, reculando—. No quería gritarte. Es solo que...

—¿Qué? ¿Qué es lo que te pasa conmigo? —le pregunto abiertamente—. Porque Carmen se pasa todo el día alabándote y yo no sé dónde ve tantas virtudes.

—Estoy nervioso, ¿vale? Y..., de verdad, tengo frío.

Dios, soy lo peor. Con el subidón del momento se me ha olvidado que está esperando para que lo maquille. Pongo cara de emoticono en pleno ataque de pánico del *Whatsapp* y consigo que salga de mí un lo siento.

¿Qué me pasa con este chico? Me repele y me atrae al mismo tiempo; es agotador.

«¡Bueno, basta ya!».

Llevo desde los quince años dedicándome a esto. ¡Soy una profesional, por favor!

Dirijo mi mirada hacia el neceser que descansa en el suelo para localizar las bases de maquillaje. Con el chip profesional instalado en mi occipital izquierdo, observo su piel para ver el tono durante un segundo nada más, no vaya a ser que me quede colgada de él otra vez.

Me aplico un tono de base en el dorso de mi mano, un tono demasiado rosa, y lo mezclo con un beige. Por el rabillo del ojo veo cómo Rodrigo cambia el peso de un pie a otro.

—¿Estás nervioso? —le pregunto intentando no mirar demasiado esos ojos que reconozco empiezan a gustarme más de la cuenta.

—Un poco. Solo he podido pagar dos días de alquiler de la nave. Tiene que salir todo perfecto casi a la primera —me dice muy bajito.

—Seguro que lo hacéis genial —le animo sonriendo un poquito.

Tengo que suavizar esto de alguna manera; no puedo estar a la defensiva con él todo el rato. Lo miro directamente a los ojos, queriendo transmitirle con el poder de mi mente que esto es una tregua, que enterremos el hacha de guerra. Y espero, con todas mis fuerzas, que me entienda y no se piense que me he vuelto

definitivamente loca de remate, y que por favor no me suelte otra bordería de las tuyas, porque si no le voy a mandar a tomar por culo más pronto que tarde.

—Gracias —susurra bajando la mirada.

*What is this?* ¿De repente se pone todo tímido conmigo? ¿Acaso quiere que me ponga a babear sin control alguno aquí delante de todo el personal? ¿Es consciente de que tiene esa cara y ese cuerpo..., de que una caída de esos ojazos puede ser considerada como un arma de destrucción masiva de bragas? No... Probablemente no tenga ni idea, y eso lo hace mucho más adorable.

«Mena..., estás perdida, amiga».

Dejo de mirarle y me pongo a untar una de las esponjitas de maquillaje en la mezcla de mi mano. Pruebo el color en su hombro y mezclo y remezclo hasta dar con el tono que busco. Ahora solo me queda extenderlo por su torso desnudo.

Cuento mis respiraciones: una, dos, tres..., cuarenta y cuatro.... Centro mi atención en el maquillaje diluyéndose en su piel; olvido mi abstinencia, olvido lo que realmente quisiera hacerle a su cuerpo, olvido que estoy rodeada de especies de *Homo sapiens* en peligro de extinción, olvido hasta que me llamo Jimena y que soy maquilladora profesional. Porque como no me olvide de todo me pondré a acariciarle, a pasar mis manos por ese pelo moreno que invita a agarrarlo con fuerza y follarle salvajemente, a engancharme de esos ojazos que desde tan cerca descubro grises, a considerar que este chico me pone nerviosa por algo más que una simple atracción física.

Escucho un jadeo y siento su aliento en mis labios. Abro los ojos de golpe para descubrir que estoy a dos milímetros de la boca de Rodrigo y aun no sé cómo ha podido pasar. De repente una nueva fachada de tío borde, serio e inaccesible, aparece en su rostro y me hace separarme de golpe. Y yo que pensé que estaba ganando posiciones... A lo mejor ahora se piensa que soy una fresca. A lo mejor no le gustan las tías. A lo mejor no le gusto yo. Quizá solo me odia a muerte y no puedo hacer nada para remediarlo.

No.

Me tengo que olvidar. Olvidarme de mi loca cabeza y de lo que me gustaría hacer y centrarme en solo una cosa: maquillar su cuerpo.

Mientras cubría cada centímetro de piel de Rodrigo nos han interrumpido unas diez veces. Varios de los chicos del grupo tenían dudas con alguno de los pasos de baile; los colegas de Rodrigo, encargados de poner luces y cámaras, paraban mi trabajo para poder seguir con el suyo. Y yo, aunque parezca mentira, me quedaba a su lado, observándolo, sin rechistar, con la esponja en la mano, esperando que volviera a mí.

Así he podido descubrir en esta media hora varias cosas de él. La primera

es que para «el jefe» lo más importante es que este trabajo salga bien; la segunda es el nivel de complicidad con sus bailarines. Verle moverse ha sido como entrar directamente por las puertas del infierno, ¡qué calores, por favor! Pero si ya solo con verle andar te invita a pecar con el pensamiento. Y la tercera es que ese aura de bohemia soledad que le rodea me perjudica muy seriamente.

Estoy sentada en la banqueta alta, tengo todo el material a mis pies y estoy esperando que termine de ultimar unas cosas del decorado. Los bailarines aguardan en sus puestos y a mí solo me queda untarle aceite. Hace una hora me habría puesto a gritarle como buena verdulera que soy para pagarle con la misma moneda. Pero ahora..., ahora prefiero quedarme sentadita, tranquila, invocando a todos los dioses de la paciencia.

—Perdona —dice, sorprendiéndome al verle tan cerca. Me he vuelto a quedar ida pensando en él. Vamos, no me jodas... ¡A ver si ahora me va a entrar un enamoramiento adolescente! ¡Solo me faltaba!—. Ahora sí; soy todo tuyo. A ver si terminamos y puedo empezar a grabar.

—Solo me queda darte el aceite, un poquito nada más, para darte brillo.

—De acuerdo. Hoy no creo que haga falta mucho retoque, haremos un par de tomas y para casa. Mañana vendremos a primera hora para grabar con la luz natural que entra por las ventanas.

—Perfecto. Pues manos a la obra.

Doy un salto, pretendiendo que sea grácil, para bajar de la banqueta. Pero yo en otra vida debí portarme fatal porque, tan pronto como toco el suelo, pierdo el equilibrio y me caigo sobre él.

Patética.

«¡Señor, por favor, llévame pronto!».

Sus brazos me rodean y yo lo esnifo. Mi subconsciente que, por si todavía no ha quedado claro, es una zorra de cuidado, implora de rodillas que le dé un besito. Pero no puedo... «¡No! ¡Mena, vuelve!».

—Perdona.

Carraspeo y él me ayuda a enderezarme con un gesto de pura incomodidad. Me odia. Ya es un hecho.

—No pasa nada —dice bajito, desviando sus ojos de los míos que se han vuelto leedores de mentes de repente.

—Termino rápido —sigo, intentando desviar el centro de atención a otra cosa—. El aceite resbala fenomenal. Diez minutos solo.

Aplico el aceite en mis manos, interrumpiendo mi verborrea absurda, y coloco mis palmas abiertas en su pecho. Pero las quito al escucharle gritar.

«Mierda... a este no le he avisado de que siempre tengo las manos heladas».

Carmen está a mi lado. Ambas estamos de pie en un lateral, esperando por si nos necesitan. Han estado unos diez minutos haciendo pruebas de sonido y creando ambiente. Observamos, sin hablar entre nosotras, cómo los chicos se posicionan en el centro del escenario y empiezan a dar unos tímidos pasos hasta que la voz de Rodrigo se escucha por encima del ruido de fondo dando la orden de que enciendan la música.

Empiezan a grabar.

Uno de los amigos del «jefe» pone la música a todo volumen y los ocho chicos empiezan a moverse.

Mi corazón empieza a acelerarse al escuchar cantar a Rodrigo. Pero lo peor no es eso, lo peor es observarlos seguir ese ritmo puramente sensual, visualizar cómo recrean con sus giros de pelvis algunas de las más practicadas posturas del Kamasutra.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —pregunta Carmen al mismo tiempo que se limpia las comisuras de la boca de babas y echa mano a mi bolsa de chuches.

—No sé... ¿Nos están dando la bienvenida al infierno?

Me dejo llevar por la música, los pies se mueven solos, mis propias caderas imitan sus movimientos, pero me paro en seco porque Rodrigo me está cantando... ¡Rodrigo me está cantando *Earned it!*

### III

*You make it look like it's magic  
Because I see nobody, nobody but you  
I'm never confused  
I'm so used to being used  
Haces que parezca magia  
(Porque no veo a nadie, a nadie excepto a ti  
Yo nunca he estado confundido  
Estoy acostumbrado a ser utilizado...)*

Earned it – Blake McGrath

No he pegado ojo en toda la noche. He tenido un sueño muy raro en el que los chicos se convertían en chuches con forma de coca colas y se ponían a bailar. Me he terminado cinco bolsitas yo sola; quizá por eso no me podía quedar dormida: iba puesta de azúcar hasta las cejas. Bueno, por las chuches y por el estrés con el que llegué a casa. Cuando me tumbé en mi cama serían cerca de las dos de la madrugada y hoy hemos tenido que venir temprano para aprovechar la luz del amanecer para un par de tomas. Apenas he estado recostada cuatro horas, y de estas habré dormido... una. Pero es que no podía quitarme las escenas de mi cabeza: los chicos bailando, convirtiéndose en gominolas, el recuerdo de Rodrigo cantando, su penetrante mirada clavándome en el sitio. Cuando terminó de cantar la primera vez se quedó quieto, enganchado a mí. Pero de pronto, ploff, la burbuja se explotó y todo volvió a ser como antes, como si yo no existiera, a pesar de tener que retocarle una vez por el sudor.

En el resto de tomas apenas se fijó en mí. Y yo... Yo no hacía más que buscarle e intentar conectar de nuevo con él. Y es que durante toda esa primera vez, yo lo sentí. En mi piel, en mis entrañas —esta vez no voy a hablar del coño—, en mi mente y, aunque suene muy moñas, en mi corazón.

Yo no soy de príncipes y princesas. No me gusta la factoría Disney porque considero que nos han estado engañando durante toda nuestra infancia, vilmente además. Mis amigas dicen que soy una basta, que he anulado el romanticismo de mi sistema, y tienen razón. No tengo filtro, casi siempre digo lo que pienso y digo casi porque ayer mismo me tuve que morder la lengua hasta

sangrar. Colapsé con tanto macizo junto, la verdad, y todo esto sin poder desahogarme como solo yo sé hacerlo.

Pero la voz de Rodrigo, esa voz rasgada cantando y mirándome, hizo que mi corazón pareciera una taladradora.

Me gustan los tíos. Sí. He tonteado con ellos, muchísimo además. No suelo tener relaciones demasiado largas; me aburro enseguida porque soy culo de mal asiento. Pero este chico... Este chico hace que quiera que se presente en mi casa por sorpresa y me invite a cenar... ¡Seré gilipollas! Ha demostrado ser un verdadero capullo conmigo, un borde, incluso maleducado, por mucho que pidiera perdón, y aun así le pienso constantemente, haciendo cosas sucias..., y otras no tan sucias —que es lo peor—.

Estoy en el improvisado camerino colocando todos los productos que voy a utilizar en la mesa; hoy voy a hacer las cosas bien. Voy a hacerles pasar de uno en uno para no agobiarme y así no distraerme. Iré más rápido, y oye, si se me escapa la lengua sobre algún oblicuo no habrá testigos.

—Hola, Mena —me saluda Edu nada más entrar en la zona habilitada para realizar mi trabajo. Está guapísimo, como ayer, pero esta vez lleva un jersey finito de cuello alto negro que le queda...—. ¿Has podido descansar algo?

—No he descansado una mierda —digo agotada, intentando que no se fije mucho en la longitud de mis ojeras; que hoy sí que me he puesto maquillaje, pero una noche sin apenas dormir, se nota—. Lo malo es que hoy se nos va a hacer eterno.

—Seguro que no es para tanto, mujer —me anima al verme poner un puchero. *Stop*. ¿Qué coño hago poniendo pucheros infantiloides? ¡Ni que fuera Carmen!—. Además, piensa que mañana serás libre, y que por fin nos perderás de vista. Sobre todo a Rodrigo.

Y me lo dice guiñando un ojo de manera cómplice, como diciéndome que me apoya por completo en mi actitud contra este chico tan *guapérrimo*, pero increíblemente insoportable.

Pues a mí no me parece una buena noticia.

—¡Buenos días por la mañana! —saluda Gael, pegándonos un susto de muerte—. Hubiera llamado antes, pero aquí no hay puerta.

Justifica encogiéndose de hombros. La sonrisa de este chico es mortal de necesidad. Avanza en dos zancadas hacia mí y me planta un beso en la mejilla, pero me quedo petrificada cuando se cruza por delante y le planta un pico a Edu.

¡Le acaba de dar un besazo en todos los morros delante de mí! Creo que mi mandíbula se ha desencajado de lo abierta que la tengo ahora mismo.

—Te he traído café —susurra muy cerquita de sus labios, y, qué queréis que os diga, ver a dos tiazos así de acaramelados hace que mi sangre se

concentre en determinadas partes del cuerpo que no voy a nombrar ahora mismo. Carraspeo para recuperar la capacidad del habla.

—¿Y a mí no me has traído nada? Qué poca vergüenza, rubio.

Él solo sonrío y encoge los hombros.

—Estábamos diciendo que por fin nos va a perder de vista —prosigue Edu, mientras coge de la cintura a Gael y le huele el cuello.

—¡Parad! O me ponéis a mí en medio o dejáis estos tocamientos obscenos en mi presencia. —Miro primero a uno, luego al otro, y pongo mi cara de «lo estoy diciendo totalmente en serio», pero algo ha debido de fallar porque los dos se están descojonando. Qué monos... hasta se ríen casi igual.

—Eres genial, Mena —dice Edu pasando un brazo sobre mis hombros y besando el tope de mi cabeza.

—Sí, sí... Soy la hostia en verso, pero guardar las formas delante de los muertos de hambre, por Dios. —Vuelven a reírse; me pierdo en ellos. Son... Son...—. ¿Sabéis que sois un desperdicio para la humanidad? Tenéis que haceros donantes de esperma o algo. Yo sería capaz de embarazarme de vuestros hijos sin problema.

—¡Joder, Mena! —exclama Gael al mismo tiempo que me empuja un poco, medio en broma.

Yo solo puedo reírme con ellos; se piensan que estoy de broma... Ja.

Qué momento más guay que acabamos de vivir; por mi mente pasa la posibilidad de pedirles los teléfonos porque, la verdad, son un encanto.

—Siento interrumpir.

Escucho su voz antes de verlo y un escalofrío me recorre de arriba abajo. Cierro los ojos y tomo aire. ¿En qué plan vendrá hoy?

—No interrumpes nada, ¿qué tal la noche, tío? —pregunta Edu, chocándole el puño. Qué saludo más americano.

—Hola, chicos. Pues la verdad es que... No he descansado mucho —y lo dice mirándome. Serio.

No, si encima tendré yo la culpa de que no haya podido dormir, no te jode.

—Bueno, ahora va a venir Carmen con café para todos y unos *muffins* del Starbucks —dice Gael guiñándome un ojo y sonriendo de medio lado; capullo, *guapazo* y encima gay, ¡quiero el sándwich entre él y Edu—; me los he encontrado, a ella y a Juanito.

Mi mente registra que Carmen y Juanito estaban juntos en el Starbucks... interesante, pero pierdo la conexión con mis pensamientos al ver cómo Rodrigo pasa detrás de mí para dejar la mochila; no puedo evitar seguirle con la mirada. Hoy está especialmente guapo, con unas gafas de pasta que le hacen parecer un

*hippie* bohemio de los que te pintan caricaturas en Montmartre y fuman tabaco de liar mirando hacia el Sacre Coeur. No son de mentira porque con las gafas puestas destacan aún más sus ojazos grises. Y con los vaqueros que lleva puestos destaca más su culo; ¡por Dios santo! ¡Este chico tendría que venir con unas contraindicaciones para el corazón o algo!

Me giro para seguir preparando mi improvisado camerino y me encuentro a Edu y Gael, los dos con los brazos cruzados, mirándome sonrientes. Vocalizo un «¡qué!» gritando en silencio, mientras encojo los hombros. Me han pillado de pleno. Ellos solo niegan con sus sonrisas más anchas todavía, y a mí se me quedan en los labios las ganas de hacerles burla, en plan *ñiñiñiñi*; vaya par de alcahuetas están hechas.

—Os espero fuera para ensayar algunos movimientos que grabaremos en primer plano antes de maquillarnos, ¿te parece bien, Jimena? —pregunta Rodrigo sin mirarme a los ojos. Ese pequeño detalle me molesta.

—Pues como tú veas. Tú eres el que mandas. —Mi respuesta ha sido borde, pero ¡joder!, ¡que estoy aquí!

—De acuerdo; pues entraremos en el mismo orden que ayer para prepararnos.

Y se pira, y yo me quedo con una sensación de *monguer* gilipollas por estar babeando por un chico que parece estar fuera de mi alcance. Todas las señales que creí recibir ayer seguramente fueron producto de mi imaginación, o eso, o tanta testosterona me hizo tener visiones. A ver si Carmen deja a Juanito un rato y le comento esto. Necesito charla de chicas urgentemente.

—¡Buenos días, Menita! —saluda Carmen a voz en grito y con una sonrisa de oreja a oreja. Esta ha follado. Cabrona...

—Estaba pensando en ti ahora mismo. Buenos días —contesto seria. Yo no he follado, así que nadie me puede decir nada.

—¿Qué te pasa ahora? Estás como... revenida —dice observándome de arriba abajo. Hoy traigo los deberes hechos. La ropa interior es de la mejorcita del Oysho, que no se diga; y me he maquillado un poco y peinado otro poco.

—No estoy revenida, Carmen, estoy cabreada. No entiendo a Rodrigo. Ayer parecía que me estaba cantando esa canción tan bonita y hoy ni me ha mirado a la cara. ¡Ni me ha mirado, Carmen! Y estoy monísima, no me digas que no.

Me dejo caer en la silla que tengo preparada frente al espejo y apoyo mi cabeza en la tabla de madera. Empiezo a golpearme despacio la cabeza, me está volviendo loca.

—Ay, Mena... Que estás hasta las trancas, amiga. —Se pone de cuclillas para mirarme la cara y coloca sus manos en mis muslos para no perder el

equilibrio—. ¿Qué ha hecho ahora para enfadarte?

—Nada. Ese es el problema, que no me ha dicho nada, ni me ha mirado apenas. Me está ignorando y no tengo ni idea de por qué.

—Ya te dije que ahora está centrado en otras cosas, que no le tomaras en cuenta, que él es mucho más... accesible.

—No me jodas, Carmen. Que parece que en lugar de *digievolucionar* ha *retroevolucionado*. —Ella se ríe, me da un apretón en las piernas y se levanta, dando por terminada esta parte de la conversación—. Por cierto, ¿qué hacías tú con Juanito esta mañana en el Starbucks?

—Pues desayunar...

Y pone esa sonrisa de zorrupia consumada que ponemos todas cuando tenemos secretos de alcoba.

—¡Cuéntamelo todo! —Ella se vuelve a reír; abro los ojos como platos—. ¡Encima te ha follado bien!

Ella solo asiente mientras da palmas emocionada. Qué suerte tiene la *jodía*.

He salido del cubículo para ver cómo ensayaban. Bueno, corrijo: Carmen me ha sacado, porque yo estaba sentada tranquilamente, revisando mis cuentas de *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*... haciendo mis cosas, en definitiva.

Y aquí estoy, babeando en compañía de Carmen mientras esos cuerpos se mueven delante de nosotras; cuerpos que han sido creados para que todo bicho viviente, da igual el género, muera por saturación de fluidos.

Hemos colapsado cuando hemos visto a cuatro de los chicos haciendo flexiones con una sola mano, con las piernas abiertas. Pero ha habido un momento exacto en el que han empezado a mover las caderas como si convulsionaran y nos hemos vuelto locas, en plan momento fan, con gritos y todo. Carmen me ha dejado los dedos marcados en el brazo y ha empezado a decirme: «¡Así, así se movía el muy cabrón!». Y yo, claro, me he descojonado.

Miro el reloj y veo que solo llevo fuera media hora, pero esto no lo soporto. Esos chicos, esos cuerpos, esos movimientos... ¡una no es de piedra, joder! Así que le indico a Carmen con la cabeza el camerino dando a entender que me refugio allí. Ella solo me hace un gesto extraño con la mano, como dándome largas; está claro que no quiere que la moleste.

—¡Cerde! —le grito—. Por lo menos podrías disimular.

Ella ni me mira, levanta el dedo medio y sigue babeando. Yo solo sonrío mientras camino despacio a mi refugio, dispuesta a colocar todo lo necesario para ir más rápida. Aun recuerdo alguno de los tonos empleados ayer. Espero acortar tiempos.

—Jimena. —Escucho una voz detrás de mí; me giro y descubro a Silvestre mirándome de arriba abajo—. ¿Qué tal todo?

Frunzo el ceño, extrañada porque me pare solo para preguntarme qué tal me va.

—Pues bien, un poco cansada, pero nada que no pueda solucionar mañana. —Encojo los hombros y le sonrío. Este chico, así con pinta de bruto, es tan dulce... me gusta.

—Seguro que tu chico te mima.

La carcajada que sale de mi boca es tan espontánea que se la he contagiado a Silvestre, primero porque el hecho de que me pregunte por mi novio implica que él quiere saber si tengo o no, y a la chica frustrada sexualmente que habita últimamente en mí se le hace el culo Pepsi Cola. Y segundo porque me ha hecho gracia eso de «tu chico». Ainsss, qué cosas...

—No tengo chico que me mime, Silvestre —y con mi mejor sonrisa, le guiño un ojo y me giro de nuevo, dispuesta a seguir mi camino. Pero me paralizó al ver cómo Rodrigo permanece parado, observándonos a tan solo dos metros de distancia. Hago como que lo ignoro y corro la cortina.

Esta vez los chicos han cooperado un montón. Han entrado de uno en uno, ya preparados; con los pañuelitos colocados en sus cinturillas de los pantalones militares para que yo simplemente empezara a aplicarles la base, el aceite corporal y las supuestas manchas de grasa. Me lo he pasado pipa.

A Juanito le he sacado los colores preguntándole qué tal ha pasado su noche. Luego nos hemos reído mucho, pero al principio estaba tan tenso, que no podía ni aplicarle bien el maquillaje.

Con Luis y David he terminado pronto, porque son poco habladores y porque estarán muy buenos, pero son un pelín secorros. Nada que ver con Edu o Gael, con los que me he reído hasta que se me han saltado las lágrimas. ¡Menuda pareja! Gael es brutal, divertido, guapo a rabiar, súper simpático. Pero es Edu el que me tiene *enamorcá*. Esa mirada es para patentarla, hacer clones y llevártela a casa para que te consuele en las crudas noches de invierno. *Sep*. Yo quiero un peluche de Edu, a ser posible a tamaño natural y en mi cama.

Tobías se ha pasado los quince minutos que hemos estado juntos preguntándome cosas de Carmen; lo que me ha parecido curioso es que, al contárselo a ella, ha puesto cara de circunstancias y ha encogido los hombros. Pero no he podido investigar más en el tema porque Silvestre ha entrado como un huracán, todo sonrisas y manos largas. Y yo... yo me dejo querer, porque a nadie le amarga un dulce y ¡qué coño!, una alegría que se lleva mi cuerpo.

Estoy poniendo el aceite en su espalda y él se está riendo, aludiendo a

que sigo con las manos heladas y que necesito a alguien que me caliente el cuerpo. Y yo no le quito la razón.

—El problema, Silvestre, es que aún no he encontrado a nadie que esté por la labor —respondo coqueta, tanteando el terreno.

—Pues si es cuestión de encontrar a alguien... —se calla mientras se gira y me coge de las manos; se las acerca despacio a la boca y suelta vaho en ellas. Mi chichi acaba de sufrir un espasmo.

Yo solo puedo quedarme quieta y mirarle con los ojos muy abiertos, mientras intento procesar sus gestos y sus palabras.

—Cuando dejéis de ligar avisad, que tenemos un poco de prisa y todavía falto yo. —No sé cuándo ha entrado Rodrigo ni qué es lo que ha visto exactamente, pero su tono de voz parece desafiante, y la mirada que le está echando a mi pretendiente mortal de necesidad.

—Solo me queda terminar la cara —digo de manera un poco atropellada intentando soltar mis manos de las garras de Silvestre. ¡Coño, me siento Piolín ahora mismo!

—Si no os importa, me quedo aquí a esperar. —Y no me mira a mí, sigue mirando a Silvestre, como si le estuviera evaluando o algo. Bueno, realmente no sé si le está evaluando, pero le mira de una forma muy rara. Me está cabreando un poco esta situación. ¿Por qué cojones se enfada con el chico?

—Haz lo que te salga de la polla. —El zas me sale sin apenas darme cuenta. Pero me aplaudo mentalmente al ver que, por fin, él me mira; no me dice nada, solo se queda de pie cerca de la cortina, cruza los brazos marcando bíceps, y espera.

Estoy intentando centrarme en terminar el trabajo, pero siento el calor de mi cabreo en mi cara, de hecho estoy sudando a mares. Solo a mí se me ocurre ponerme monísima para venir al trabajo, pelo suelto incluido. Me pone muy nerviosa trabajar mientras me están mirando; no sé trabajar bajo presión. No sé trabajar con sus ojos grises taladrándome la nuca.

Intento evadirme, centrarme en la única persona que me tiene que importar ahora mismo: Silvestre. Cierro los ojos un momento para recordar por dónde iba y al abrirlos me encuentro con una mueca socarrona de mi tatuado chico. Matadme ahora, pero juraría que me está hablando telepáticamente, algo así como: «No te cortes y pongamos celoso al chicarrón que está detrás de ti». Y yo no sé si será verdad lo que parece que leo en sus gestos, pero pruebo a hacerlo. Echo más cantidad de aceite en las manos y coloco las palmas bien abiertas en esos pectorales que el gimnasio y las horas de ensayo han otorgado a este chico. Me ha parecido ver un pequeño asentimiento y, envalentonada por la situación, saco a la *choni* que llevo dentro.

—Mmmm, madre mía, Silvestre, tienes la piel tan suave... —digo medio ronroneando—. Más de una deseábamos tenerla así, tan tersa.

—Es todo genética, Mena. Aunque no te negaré que yo soy de los tíos que se cuidan —contesta él, pero no mirándome a mí. Lo hace por encima del hombro, a Rodrigo.

—Eres todo un metrosexual, ¿eh? —Guiño un ojo mientras sonrío. Sé que solo él puede ver mi gesto. Me centro ahora en su cara.

—Así es... No hay nada malo en ello.

—Oh, por favor —susurra Rodrigo con tono impaciente. Y la sonrisa de triunfo que aparece en la cara de mi nuevo amigo Sil, es la señal de que no he interpretado mal sus gestos.

Tengo una parte muy putón que acaba de pensar en hacer un trío con estos dos individuos, pero se evapora de mi subconsciente al escuchar el carraspeo del tercero en discordia. Vuelve a invadirme el cabreo que tenía hace cinco minutos.

—¡Listo! —informo mientras me seco las manos en una de las toallas que he preparado antes.

—Gracias, Mena. —Silvestre se acerca hasta mí, acaricia mi brazo y me besa la mejilla. Se me pone la piel de gallina como reacción a su contacto, porque ha pasado demasiado tiempo sin sentir un contacto tan íntimo.

—¡Me toca! —salta Rodrigo, rompiendo el momento y acercándose a la silla que no he podido ni utilizar con Silvestre.

Nos hemos quedado solos y tengo el corazón a mil por hora. Esto no me puede estar pasando a mí. Tendría que estar disfrutando de este momento, dando envidia a Itziar y a Laura, descojonándome de las ocurrencias de Carmen y de sus intentos frustrados de ligar con Edu. Sin embargo estoy aquí, pensando que soy una patética profesional y que no sé centrarme en lo que me va a dar de comer este mes.

Empiezo a hacer la mezcla en mi paleta con los mismos tonos que utilicé ayer, intentando igualar las cantidades, y observo a mi pequeño tormento por el rabillo del ojo. Está más tenso que yo, lo noto en la mandíbula apretada, en los hombros levantados, en las manos crispadas encima de sus rodillas... Vale, le he mirado más que por el rabillo del ojo, quizá incluso más de la cuenta. Soplo hacia arriba para quitarme el flequillo de la cara y observo mi reflejo en el espejo; mierda, parezco Heidi. ¡Qué puto calor!

—¿Tienes calor? —pregunta; lo miro a través del espejo y asiento—. Claro, supongo que estar toqueteando a tanto chico tiene sus efectos secundarios.

—Los efectos secundarios de mi trabajo no creo que te importen lo más mínimo —respondo con desdén—. Quítate la camiseta, por favor.

—Por supuesto. Siento si mi piel no es tan... tersa; supongo que no tengo ni el tiempo ni las ganas de cuidarme tanto.

Todo esto lo dice mientras se levanta, se quita la parte de arriba y se sienta de nuevo, sin mirarme ni un segundo. ¿Y eso a qué viene? ¿Está cabreado?

—Eres un poco gilipollas, ¿lo sabías? —digo, achicando los ojos mientras intento leer a este tío.

—Vaya, gracias, Jimena.

—No, en serio. ¿A qué viene eso? ¿Qué quieres, que te dore la píldora? ¿Que diga que eres maravilloso? Porque si esperas eso de mí, después de cómo te estás portando conmigo, ya puedes ponerte cómodo porque no pienso hacerlo.

Dicho esto, cojo la esponjita del maquillaje y empiezo con su cara. «Maquilla, Menita. Moja, extiende, moja, extiende...».

Y, mientras voy cubriendo su piel, intento convencerme de que en el fondo no es tan guapo, ni tiene los ojos tan bonitos, ni desprende ese aura tan magnética. Me giro cuando termino con la base para coger el betún e imitar la grasaza que se supone que hay en los talleres de coches y, al volverme, le descubro mirándome el culo. Ha sido una milésima de segundo, pero tengo la certeza de que me estaba mirando. Levanto una ceja y él tiene la desfachatez de empezar a quitarse las pelusas del pantalón.

—¿Te puedes poner de pie? —Me ahorro el «por favor». Total, él no está siendo nada educado conmigo.

—Claro. Tú mandas —contesta con una mueca que pretende ser sonrisa.

Bufo de hastío y me unto betún en la mano. Mis dedos en su mejilla le hacen inspirar con fuerza y cerrar los ojos. Su mano agarra mi muñeca impidiendo mi movimiento.

«¿Pero qué...?».

—¿Puedes dejar eso para el final, por favor?

Abre los ojos y parezco que me asomo a su alma; pero, ¡¿cómo coño voy a trabajar así?! La próxima vez que Carmen me diga que tiene un trabajo para mí la van a dar por culo, ¡hombre ya!

Me limpio de mala leche las manos, dejándome llevar por mi cabreo monumental, y cojo de nuevo la esponja para seguir maquillando su cuerpo. Noto cómo él se relaja casi de inmediato. ¿Tanto asco le doy que no soporta que le toque?

Los ojos se me humedecen por la rabia acumulada. No es justo, joder. Extiendo demasiado rápido la mezcla; quizá haya dejado un par de zonas sin marcar bien las sombras. Pero ahora mismo me da igual, quiero terminar cuanto antes, ha sido un error utilizar el camerino. Hubiera estado más protegida fuera,

con el resto de los chicos merodeando por ahí. Me acabo de dar cuenta de que él no llevaba puestos los pañuelos en la cinturilla del pantalón y le van a hacer primeros planos. Mierda...

—Ten —digo mientras le alcanzo la caja de tisúes. Ni de coña se los pienso poner después de cómo se ha puesto conmigo antes—. Colócalos en la cinturilla para que no se manche con el aceite.

—Vale. —Empieza a colocarlos con cuidado mientras yo recojo un poco.

—Ahora tengo que darte el aceite, así que mis manos van a tocarte. Están frías, como siempre. —Cojo la botella y me acerco de nuevo a él; termina de colocarse los pañuelos, se posiciona y me mira con el ceño fruncido. ¡Bueno, basta ya! Me agota estar psicoanalizando cada movimiento.

—De acuerdo.

Restriego el aceite en mis manos y empiezo a extenderlo por su pecho, sus hombros, sus brazos. Intento ignorar el calor, intento no pensar en que él está respirando demasiado fuerte. Puede que esté constipado y yo imaginándome que mis movimientos le excitan o algo.

Me doy la vuelta y me centro en su espalda. La cadera baja del pantalón no ayuda a que mis pensamientos se centren en el objetivo laboral.

De pronto me doy cuenta de que mis manos ya no están extendiendo aceite, no. Las muy capullas lo están masajeando, así, sin más; sin pedir permiso a mi raciocinio. Claro que..., ¿qué permiso van a pedir, si mi cerebro lleva frito desde ayer?

Subo despacio por su espalda y esta vez le escucho ronronear. Y mi oído, que anda compinchado con mis manos, manda una señal directa y concisa a mis ovarios: «tenemos que copular ya».

Me paralizó. ¿Qué mierda estoy haciendo?

—Mena... —dice en un suave susurro implorante al darse cuenta de que me he detenido; pero yo cierro los ojos, intentando centrarme en lo que tengo que hacer, recolocando mentalmente los muebles en mi cabeza.

«Soy una profesional, soy una profesional, soy una súper profesional...».

Abro los ojos cuando estoy convencida de que el mantra ha invadido mi cuerpo y lo descubro de frente, mirándome, con esa expresión en el rostro que toda mujer en el mundo mundial reconoce como el momento previo al beso. Me va a besar... ¡Rodrigo me va a besar!

Mi respiración se acelera intentando que el aire pase por mis pulmones, pero aun así tengo esa sensación de ahogo. En mi vida he sentido algo así; nunca jamás de los *jamases* he estado tan a la expectativa, ni he sido tan paciente, dejando al otro tomar la iniciativa, pero este chico me provoca eso... Y es que no sé por dónde va a salir, lo mismo me besa como que se da la vuelta y me deja

con un palmo de narices. No sé a qué atenerme con él; pero yo... yo estoy deseando besarlo. Quiero saber si mis sospechas son reales o no, si estaba celoso antes con Silvestre, si esa mirada dirigida mis labios significa lo que creo que significa.

No hay nadie más en mi zona de trabajo, estamos solos. Así que, como veo que no se lanza, tiro de la Mena de siempre, me agarro de su cuello y lo beso. Lo hago fuerte y rápido, haciendo que nuestros dientes choquen en el proceso. Pura adrenalina recorre mis venas al notar que él me corresponde con la misma fuerza, con la misma intensidad. Ansiedad, furia, pasión a raudales invaden mi alma y yo, por primera vez en mi vida, siento que no puedo poner freno a esto, que tampoco quiero ponerlo.

El tiempo se ha convertido en algo impreciso. Solo soy consciente de que su lengua invade mi boca una vez, y otra, y otra más. Y yo le estoy respondiendo como si mi vida dependiera de ello; pero ¿cuánto tiempo llevamos así? Ni idea. No me importa. Esto es mucho mejor que mi recién adquirido vicio con las chuches en forma de Coca Cola, mejor aún, porque sus labios me saben a ellas. Tiene labios de gominola y yo necesito mucho de este azúcar en mi cuerpo ahora mismo.

Mis manos acarician su cuello, sus hombros... ¡a la mierda el maquillaje!, a la mierda todo porque... ¡sus manos están en mi culo! ¡Tengo las manos de Rodrigo acariciando mi culo!

Me aprieta contra él, haciéndose notar. Y lo noto, ¡vaya que si lo noto! Madre del amor hermoso, creo que voy a implosionar en tres, dos, uno...

No siento el suelo bajo mis pies, y no porque el besazo que nos estamos dando esté haciendo que pierda la cabeza un poco, que también; es algo literal: no siento el suelo porque me ha levantado de las nalgas y me lleva... ¿dónde me lleva?

Escucho ruido de botes caer al suelo y me separo de golpe al notar algo duro contra mi trasero. Me ha dejado sobre la mesa del improvisado camerino y mi caótico yo sale de su letargo para regañarlo porque, yo seré un puto desastre, pero con mi maquillaje no se juega.

Abro la boca para increparle y se me olvida todo lo que voy a decirle cuando noto sus caderas entre mis piernas, sus manos sobre mis muslos y su boca arrasándome. Me siento rendida ante esta sensación tan extraña que recorre mi cuerpo. Los acordes de Queen se cuelan en mi sistema con su «*Don't stop me now... o eres hombre muerto*».

—Chicos, ¿os queda mucho? —dice Juanito al mismo tiempo que abre la cortina y nos pilla en pleno refrote. Mi mente enferma piensa en retorcerle los pezones como castigo la próxima vez que caiga bajo mis manos expertas—.

¡Perdón!

Me levanto de golpe, intentando colocarme los pelos de loca que se me habrán quedado y bajándome la camiseta. Un momento..., ¿me la estaba subiendo y yo sin darme cuenta? ¡Mierda!

—¿Querías algo, Huang? —pregunta Rodrigo. Uyuyuy, que le ha llamado por su nombre de verdad, no por el mote.

—Solo venía para deciros que...

—Ya vamos. —Y le mira levantando una ceja, en plan «déjanos solos, ¡ya!».

«Eso Juanito, que tenemos que terminar unas cosas aquí mi Rodri y yo».

El pobre Juanito agacha la cabeza y sale sin mirarnos, muerto de vergüenza. Menos mal que ha sido él, y no Gael, el que nos ha pillado porque si no estaría riéndose de nosotros hasta el día del juicio. Me quedo de pie, esperando la reacción de este chico; después de este momento seguro que cambia, seguro que deja su escudo de estupidez congénita aparcada en la puerta y se comporta como lo hace con los demás, seguro...

—Lo siento, Jimena. Esto no tenía que haber pasado. —«¿Pero qué...?»— Yo salgo ya.

—¡Y una mierda! —le grito presa de un inminente ataque de nervios—. ¿Estás de coña? ¡Nos acabamos de besar, por Dios! ¿En qué momento te has dado cuenta de que no tenía que haber pasado? ¿Cuando me has metido la lengua hasta la campanilla o cuando tenías tus manos debajo de mi camiseta?

—¡Maldita sea, Jimena! —explota—. ¡Esto no tiene que pasar! ¿Vale? ¡Ahora no!

—¡¿Por qué?! —pregunto dolida. Mi cuerpo tiembla de rabia; me ha dado a probar algo que no conocía y quiere más... Lo quiere todo—. ¿Por qué ahora no?

—¡Porque esto es mi vida, joder! ¡Llevo años peleando por sacar mi carrera adelante, por hacerme un hueco en este mundo de putos enchufados! ¡Y justo cuando lo estoy consiguiendo apareces tú, y... y...!

—¡¿Y qué?! —Noto cómo mis ojos se humedecen y me cabreo conmigo misma; siempre que me enfado lloro y no quiero hacerlo delante de él, me haría parecer débil.

—¡Que me estás volviendo loco, maldita sea! —Se coge del pelo con las dos manos, en un claro gesto de frustración, y baja la mirada, engancho sus manos en la nuca.

Mi improvisado camerino se queda en silencio; solo se escuchan nuestras respiraciones agitadas por este momento tan visceral, tan de película.

Yo también bajo la mirada; no le contesto, no puedo decir nada. Me he

quedado sin palabras. Lo siguiente que veo es cómo corre la cortina y me deja sola.

Miro mi reflejo en el espejo y descubro a una Jimena que no me gusta; con una determinación que no sabía que tenía. Me froto la cara intentando volver en mí, me hago una coleta y tomo aire. Tengo los labios hinchados por el ímpetu de los suyos y siento un hormigueo persistente en mi piel. Es como si clamara por sentir sus manos otra vez. Sus palabras retumban en mi cabeza: «Me vuelves loco». Yo, Mena, lo vuelvo loco. Necesito mis chuches...

Inspiro de nuevo, intentando que el aire poco a poco invada mis pulmones. Está claro que se nos ha ido de las manos, y me incluyo; ya lo dice mi madre: «Donde tengas la olla no metas la polla». Y, ¿qué hago yo? Pues meterla. Hasta el fondo, además.

—¿Estás bien? —Reconozco la voz de Carmen detrás de mí, pero no la miro porque sigo intentando recomponerme. Aun me tiembla el pulso.

—No.

—Ya... Hemos escuchado gritos y...

—Vale, Carmen. Estoy intentando olvidarlo, no necesito que me lo recuerdes ahora. Me harías un favor hablándome ahora de tus ligues, de Huang... y, ¿qué coño pasa con Tobías?

—Nada importante. Un par de malentendidos... Quizá él se pasó de la raya y le di un tortazo y quizá haya utilizado a Juanito para darle celos porque, bueno... Ya sabes que soy muy perra a veces y...

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?! —le reprocho abriendo los ojos como platos.

—Pues ahora —sonríe de manera exagerada, y a mí me dan ganas de darle un meneo.

—Esto no se hace, Menchu, esto hay que compartirlo desde el principio. ¿Dónde ha quedado la chica que me avisaba a las tres de la madrugada de que le acababan de hacer la comida del siglo?

—Bueno, es que aquello fue..., ¿te acuerdas? —Se pierde en los recuerdos.

—¡Carmen!

—¡Vale! No sé qué pasa con Tobías; ayer fue todo sonrisas hasta que empezó a tirar de mano larga y ya me conoces. La primera que cato soy yo; no lo puedo evitar. Si veo que es el otro el que lleva la iniciativa me echa para atrás, pierdo interés.

Empiezo a negar, sonriendo ante la cabeza loca de mi amiga. Aquí cada loca con su coño.

Escucho las primeras notas de la canción y me tenso.

Rodrigo...

Cojo aire y me pongo la riñonera con los productos que más voy a utilizar.

—¡Mierda! —grito al ver el betún en la mesa—. Ni si quiera he podido terminar de maquillarlo.

—Bueno, mujer; ahora terminas allí. Así no os arrancaréis la yugular a bocaos...

—Me ha besado. Le he besado... Nos hemos besado.

—¿Qué?

—Pues eso... Te espero fuera.

—¡Un momento! ¡No vale...!

Pero yo no la escucho, porque abro la cortina y avanzo con rapidez hasta el centro de la nave. Los chicos están al fondo, bailando al ritmo de la música, y Rodrigo observa las escenas en el visor de la cámara de vídeo que le enseña uno de sus amigos.

—¡Eh, tú! —No quiero ser borde. Miento. Sí, quiero serlo—. No he terminado contigo.

Él se gira y me observa; y ese movimiento que ha tardado exactamente un nanosegundo, a mí me parecen unos diez minutos aproximadamente, un anuncio de Timotei o Rexona no te abandona. Solo le falta el caballo blanco, la camisa de lino abierta y la música rancia de fondo.

¡Qué condenadamente guapo es!

Le enseño la caja de betún y él frunce el ceño.

—Un momento, Jimena. —Odio que me llame así.

Le dice un par de cosas al chico que está con él —¿cómo se llamaba? ¿Axel?—, y se dirige hacia mí. Su careta vuelve a estar puesta, otra vez parece que no le vuelvo loco; pero él me lo ha dicho. Así que, sabiéndome rodeada de gente y bastante segura de mí misma, porque llevo unas bragas monísimas, me lanzo a la piscina.

—Tú también me vuelves loca y cuando termines de grabar este videoclip y te asegures de que todo esto ha terminado, me encantaría que te dignaras a llamarme por teléfono y aclarar por qué has sido tan gilipollas conmigo. —Todo esto lo digo casi sin respirar mientras extiendo un poco de betún en su piel y aplico un poco de aceite corporal en su rostro. Él parece asombrado por mis palabras, pero no le doy lugar a que me conteste ahora—. Los chicos te esperan.

Rodrigo me mira fijamente, intentando averiguar si estoy bromeando o no, pero yo no he hablado más en serio en toda mi vida. Un amago de sonrisa aparece en su rostro y a mí se me dispara la tensión.

—De acuerdo —dice antes de dar media vuelta e irse con los chicos.  
Y yo me pierdo en su culo...

Espera.

¿Ha dicho de acuerdo?

¿Ha dicho de acuerdo y ha sonreído?

—¡Silencio! —grita el chico que ahora permanece a mi lado—.  
¡Empezamos a grabar en tres, dos...! —y el uno lo dice mudo.

La música comienza y la voz de Rodrigo retumba en toda la estancia. Los chicos van apareciendo por detrás hasta hacer la formación correcta y sus cuerpos empiezan a oscilar. Los ojos de Rodri hacen contacto con los míos y vuelve a cantar, pero esta vez sin apartar la mirada de mí.

«Creo que me voy a morir justo en este momento, y en mi epitafio quiero que ponga: aquí yace Jimena, presa de un ataque de ovarios rabiosos».

## IV

—¡No, no, no! ¡Parad! —La voz de Rodrigo retumba por encima de la música. Ya van siete veces. Siete veces que han tenido que parar lo que estaban haciendo para atender los reclamos del «jefazo»—. ¡No es tan difícil, coño! ¡Un, dos, tres y en el cuatro entras!

Los gritos van dirigidos a Tobías, que hoy está más perdido que Pikachu en los Mundos de Yupi.

Ya son las cuatro de la tarde. Hemos parado para comer, para descansar un poco y hace una hora que estamos grabando la misma toma. Yo no paro de retocarlos, de restregar aceite y mojarles los abdominales para que las gotas de agua se vean a la perfección en los planos cortos; y más aceite y más agua... ¡Estos chicos se van a poner malos! ¡Y yo también! Todo el rato tocando esos cuerpos, sintiendo sus pieles. Hasta mis manos dejaron de estar frías hace rato.

—¡Es lo que estoy haciendo, joder! —se intenta defender Tobías, pero no hay defensa aquí. Todos vemos dónde está el error.

—Estás entrando en el puto número tres, tío. Y es en el cuatro. ¡Uno, dos, tres, cuatro! —Y Rodrigo marca el último número con el paso que intenta mostrar al moreno, pero este niega, frustrado. Desde que hemos vuelto del descanso Carmen se ha colocado al lado del cámara y está tonteando con él, y Tobías no deja de comprobar lo que están haciendo. No se concentra.

Rodrigo me lanza una mirada de plena desesperación y yo voy rauda con la toalla a cuestras. La verdad es que parece que las cosas entre nosotros se han tranquilizado un poco. Él apenas me ha hablado en toda la mañana, pero, cuando me ha necesitado, se ha dirigido a mí con educación y sin frío en su mirada. Y yo eso se lo agradezco en el alma, la verdad. Porque una cosa es que lo bese y otra que tenga que aguantar sus impertinencias.

Coge la toalla de mi mano y se seca por enésima vez. A tomar por culo el maquillaje de nuevo. Resoplo y cuento hasta veinte mientras saco mis chuches de la riñonera que llevo con algunos de mis potingues. Solo me quedan dos y no pienso compartirlas con nadie.

—Mira, Tobi, si no puedes hacerlo elijo a otro y ya está, no podemos perder más tiempo en esto. —Lo miro, totalmente perdida en sus gestos mientras mastico con fruición. Parece que realmente sintiera en el alma tener que elegir a otro... ¡lo que cambia cuando es Rodri y no Rodrigo!

—¡No, tío, no! —responde el otro casi de inmediato—. Puedo hacerlo, joder. Lo hemos ensayado mil veces estos meses. No sé qué cojones me pasa hoy.

Observo cómo mira a Carmen y cuadra los hombros, con decisión. Se dirige de nuevo a Rodrigo y le pide repetir. Una sola vez más es lo que necesita para hacerlo bien, por fin. Les dejo que sigan ensayando esos pasos una y otra vez para que salgan perfectos y me acerco despacio a Carmen.

—¿Se puede saber qué haces? —susurro para que no me escuche el cámara.

—Ver a los chicos, ¿qué voy a hacer? —responde ella con otra pregunta.

—¿El gilipollas? —No aparto mi mirada, al contrario, la observo con la ceja levantada hasta que empieza a removerse incómoda en el asiento.

—No sé a qué te refieres.

—Tía, no te entiendo. Sé que te gusta Tobías, es el tipo de chico sobre el que te lanzarías sin pensártelo dos veces. Y está claro que él se siente atraído por ti, ¿por qué no dejas de hacer el capullo? Este numerito para darle celos ha estado fuera de lugar, y lo sabes —aseguro sin apartar mis ojos de ella. Y es que yo quiero mucho a Carmen, pero a veces resulta... Freno mis pensamientos al descubrir que yo he hecho exactamente lo mismo antes con Silvestre. «Hummmm».

—Bueno, digamos que no estoy cómoda con él —dice mirando sus uñas perfectamente pintadas de rojo—. Me mira con esos ojazos verdes y yo...

—Ya... Mira, Carmen. Has estado antes diciéndome hasta la saciedad que Rodrigo es un buen chico. Y yo, como eres mi amiga, te hago caso y procuro por todos los medios ver más allá de su bordería, te creo e intento buscar tras su pose prepotente al tío que dices que es, porque, ¡qué coño!, a mi ese chico me gusta. Así que hazme un favor y déjate de gilipolleces; si te gusta, pues queda a tomar algo con él, no te escudes en el: «es que se lanzó primero y para mí perdió su encanto». Porque eso, amiga, no te lo crees ni tú. Ese chico te pone muy burra. ¡Da el paso! ¡Queda con él!

—Yo solo quedo a tomar algo con mis amigos, Mena. Ya lo sabes. — Levanta la cabeza y clava sus ojazos negros en los míos—. Además... No sé cómo hacerlo.

—Yo nunca salgo con chulos y prepotentes; quizá debemos aprender a dejarnos llevar un poco.

—¡Jimena! —grita Rodrigo en la distancia.

—¿Ves? —digo girando la cabeza hacia él—. Te puedo asegurar que, si no me estuviera dejando llevar, ayer me hubiera largado en cuanto tu amigo me llamó inútil. Que ya sabes que conmigo tonterías las justas.

—Pero él no es así —contesta ella con una sonrisa—. Rodri es tímido y reservado; lo ha pasado muy mal siempre por gustarle lo que le gusta, por querer ser lo que es hoy en día. Te aseguro que él es más amable y educado. Solo está algo nervioso.

—Ya, ya... Pero yo no sé dejarme llevar con fe ciega; tendré que arriesgarme, ¿no? —Le guiño un ojo y me levanto para volver con los chicos, supongo que necesitarán otro retoque.

Observo que Rodrigo está con los brazos en jarras mientras me mira con gesto de pura frustración. Lo saco de quicio. Y me encanta.

—Perdón —digo nada más llegar a su lado—. Tenía que comentarle una cosita a Carmen.

—Tenemos que grabar nosotros dos de nuevo. —Me lanza una mirada que intenta ser glacial, pero, después del beso que aún siento en mi boca, ya no tiene el mismo efecto en mí. Ahora esa mirada me pone muy cachonda. Grrrrr.

—Pues vamos a retocar estos cuerpazos ya, ¿no? —Y le sonrío, coqueta, después de hablar con mi amiga he decidido cambiar de táctica.

Intento ver más allá del barniz reseco que me ha estado mostrando; decido centrarme en el chico que ha respondido a mi beso en el improvisado camerino y que ha conseguido que tenga que cambiar de bragas con solo un par de medias sonrisas esta mañana. Cojo el bote de aceite y me coloco delante de Tobías, intentando no fijarme demasiado en Rodri... ¡ay, Rodri! Le miro de reojillo, porque me resulta imposible ignorarlo, y me río al descubrir su gesto de sorpresa por mi comentario.

—Extiende los brazos, Tobías, porfa —le pido mientras mojo mis manos.

—¡A sus órdenes, jefa! —Y obediente extiende y estira los brazos a sus lados, haciendo que los músculos pectorales y de la espalda se extiendan como si fuera una ardilla voladora. Aunque... Tobías está mucho más bueno.

Los pezoncillos se le han puesto duros ante mí contacto y yo me muerdo el labio superior; me estoy visualizando sacando la punta de la lengua, jugando con ellos, mord... ¡No! ¡Basta, Mena!

—Con ese tono de piel tan perfecto que tienes no hace falta que te maquille más —digo intentando que no me tiemble la barbilla. Está caliente... yo estoy caliente... de hecho seguramente todo el planeta estará caliente en cuanto vea moverse a estos chicos al ritmo de la música. Mis manos vuelan sobre su cuerpo mientras mi cerebro manda órdenes claras y concisas: solo una pasada, solo una pasada—. ¡Listo!

—¡Guau, qué rapidez! —Si tú supieras...

—Siguiente. —Me giro hacia Rodrigo y espero, paciente, a que camine hasta mí. Y no porque quiera ir de diva, es que tengo todos los trastos que

necesito ahora en una mesita de camping a mi derecha. Mi mente recrea la escena a cámara lenta: levanta una mano, se echa el pelo hacia atrás, y avanza muy despacio hacia mí, clavando sus grises ojos en los míos, humedeciendo sus labios, pasando su lengua por el borde de sus dientes... ¡Aire! ¡Necesito aire!

—¿Extiendo yo también mis brazos? —me pregunta, y juraría que está aguantando una sonrisa, pero no estoy segura.

—Claro —asiento intentando no sonreír—. Tal y como llevamos haciendo toda la mañana.

He fallado.

Sonrío hasta con el chichi. Porque si me ha besado, si le vuelvo loco —dicho por él, ojo— y si Carmen me ha dicho hasta la saciedad que él es un buen tío..., pues o yo me he vuelto una pretenciosa de mierda o aquí puede haber tema.

«Diossss, cómo me gusta eso».

En la toma se va a ver tanto su tableta de chocolate como esa V... Yo creo que no he visto una tan marcada en mi vida. Realmente no le tengo que pintar sombras, su musculatura es perfecta, pero tiene la piel muy pálida. Cojo la esponjita y empiezo a aplicar la base.

—Espero que esta vez aguante más —me dice otra vez serio—. A ver si conseguimos grabar más tomas seguidas.

—¿Tienes ganas de terminar? —pregunto sin mirarlo, porque, la verdad, no respondo de mí.

—Muchas...

Levanto la cabeza; ha dejado la frase cómo suspendida en el aire y quiero saber por qué. Le observo frunciendo el ceño de manera inquisitiva, pero él no me dice nada. Permanece inmutable, serio, con sus ojos clavados en los míos.

«¿Qué escondes, Rodri?».

Niego imperceptiblemente con la cabeza y sigo trabajando, intentando no distraerme más, porque yo también quiero terminar y ver qué pasa aquí, quiero saber si ese «ahora no» se va a convertir en «dentro de un rato sí».

Tengo los ojos cerrados, pero no porque esté cansada, sino porque no puedo con tanto movimiento, tanto sudor, tantos *ojazos*, *cuerpazos*, *movimientazos*, *pollazos* y *semipolvazos* juntos. ¡No puedo más! ¡Que llevo meses sin catar varón! ¡Meses!

Están terminando, son las diez de la noche y llevan sin parar desde las seis de la tarde. Yo no he tenido que trabajar mucho más, de hecho hace una hora que Rodrigo me ha dicho que me relaje, que ya no van a tardar. Y yo, obediente, me

he sentado al lado de Carmen y me he intentado relajar.

Pero es imposible. ¡¿Cómo coño lo hago?! Esa canción que se te mete hasta en los rincones más oscuros de tu entrepierna, esas miradas exageradas de Rodrigo frente a la cámara que van a tener a chicas y chicos ofreciendo bragas y gayumbos en sacrificio a *cienes*, esas caderas a punto de dislocarse... ¡Por Dios!, ese Silvestre serpenteando con todo su cuerpo, o las flexiones de Gael, o los movimientos pélvicos de Edu... ¡¿Cómo cojones nos vamos a relajar?! ¡Si estamos Carmen y una servidora al bordecito de la implosión *coñil*! ¡Si yo lo que quiero es irme a casa, coger a D2, mi vibrador de confianza, y estar toda la noche zumba que dale hasta que agote la pila

Por eso he cerrado los ojos, porque no lo soporto.

Carmen está mandando mensajitos por *WhatsApp* a su hermana, y de vez en cuando la escucho gimotear y soltar algún «joder», «qué hijo de puta» o, la expresión más utilizada, «su puta madre». Tentada estoy de abrir de nuevo los ojos y sumarme a sus reclamos, pero como vuelva a ver a alguno de los chicos moviéndose como han demostrado que saben moverse, voy a violar a alguno al grito de ¡*Banzai!* Y no es plan.

—Me marchó al camerino —digo abriendo los ojos, pero sin levantar la cabeza. Allí estaré sola con mis pensamientos y podré estudiar por qué cojones estoy tan desesperada.

—¿Por qué? —pregunta mi amiga sin apartar la mirada de los chicos.

—Porque temo por la integridad física y moral de alguien.

—¿Rodri?

—No, nena... Para lo que llevo pensando desde hace rato, cualquiera me vale. —Me levanto despacio para no molestar en la grabación y me dirijo al apartado donde he estado trabajando para recoger mis cosas. Sé que ya no me van a necesitar.

Me da pena.

En uno de los momentos que he estado con los chicos para retocarles les he pedido el teléfono, a todos menos a David y Luis; a Rodrigo tampoco. A Rodrigo le tengo que pillar a solas. Con Rodrigo tengo un tema de conversación pendiente.

Rodrigo...

Abro los ojos sorprendida porque de pronto me acuerdo del colegio, del Cantar del Mío Cid, de mis padres viendo la película de Charlton Heston y Sofía Loren; ellos eran Jimena y Rodrigo y tuvieron una historia de amor preciosa. No me acuerdo de más porque del colegio he preferido olvidarme en su mayor parte.

Recojo la mochila, el aceite corporal, los botes de maquillaje y me lo llevo todo al apartado donde hemos estado al principio. Allí veo que siguen

algunos botes caídos después del arrebató de mi chulazo.

Hay que recoger. Tengo un estado de ánimo raro, porque sí, estoy más salida que el pico de una mesa; sí, he pensado verdaderas burradas, pero lo que de verdad me apetece, lo que desearía más que nada en este mundo ahora mismo, es saber que Rodrigo va a venir a buscarme después de que termine de grabar. Tener la certeza absoluta de que le voy a volver a ver. Eso es lo que quiero, y eso es lo que no voy a tener.

Cuando cierro la cremallera de la mochila escucho cómo los chicos empiezan a vitorearse. Los oigo reír, gritar, silbar... La curiosidad me puede, así que deajo lo que estoy haciendo a medias y corro la cortina. Todos se abrazan y chocan los puños, y eso solo puede significar una cosa: han terminado.

Intento localizar a Rodrigo entre el barullo de músculos, cabezas, codos, puños, y lo veo abrazado a Silvestre, palmeándose las espaldas. ¿Estos chicos me meterían ahí entre medias? Sándwich de Mena... suena muy rico.

Me acerco hasta Carmen que mira emocionada semejante cuadro.

—Parece que han terminado.

—Sí, ahora solo les queda editar el vídeo, elegir tomas, descartar otras... Pero vamos, no creo que eso lo hagan ahora, por eso han grabado desde tantos ángulos, para hacerlo todo hoy y no pagar otro día de alquiler.

—Respecto a eso, Carmen... —la interrumpo porque hace rato que una idea me pasa por la cabeza— ¿Tú has cobrado a Rodrigo por hacer este trabajo?

—Él insistió en pagarme, pero yo le mentí un poquito —me guiña un ojo y yo asiento, pensativa.

—¿Y le has dicho lo que cobro yo?

—Sí.

—¿Y si yo no quiero que me pague?

—Te va a pagar, Mena. Rodrigo es muy cabezón.

—Yo más...

—¡Mena! —escucho la voz de Gael—. ¡Vamos a por Mena!

Es lo último que escucho con claridad porque de repente un montón de brazos me levantan y empiezan a mantearme.

—¡PARAD! —grito con todas mis fuerzas presa de un ataque de pánico, con el estómago en la boca, el culo apretado y la garganta en carne viva después de tanto «¡AHHHHHH!».

Pero ellos no me hacen caso, ellos se ríen, y gritan «¡¡Esa Mena, esa Mena, eh, eh!!» y yo... yo río histérica, al borde de una crisis nerviosa. Qué poco me han gustado estas cosas siempre, madre...

Cuando me bajan me tengo que enganchar a Edu porque estoy muy mareada, pero no deajo de reír.

—Estáis como una puta cabra... —digo casi sin aliento agarrando fuerte el brazo del moreno. Qué fuerte que está, señor.

—¡Vamos a celebrarlo, chicos! —dice Gael, sujetándome por la espalda—. Cenamos aquí al lado unas pizzas y nos vamos de copas.

Yo miro a Carmen, buscando aprobación, pero ella está apartada hablando con Tobías. Bien por ella.

—Por mí, no hay problema. —Asiento, sonriente, pensando que así será más fácil tener un acercamiento con Rodrigo.

—¿Nos vas a ayudar a desmaquillarnos, Mena? —pregunta Edu, todo sonrisas.

—Ni de coña, yo maquillo, no desmaquillo. Eso ya se lo pedís a vuestras novias, novios o vecinos. Yo paso.

La carcajada suena a mí alrededor y yo me siento como pez en el agua. Por dentro hago el baile de la victoria: cómo molo.

Hemos tardado solo media hora en recoger todo, pero me extraña que Rodrigo no haya recogido con nosotros. Entró al camerino a ponerse una camiseta y salió enseguida para hablar con los dos chicos que han estado grabando.

Todos están tan contentos... Rodrigo se abraza a cada uno de sus compañeros de baile, como si se despidiera de ellos. Se nota a la legua que para él ellos son especiales, forman un equipo, son uno. Pero lo que más me llama la atención es cómo los bailarines miran y reaccionan ante la presencia de su coreógrafo. Adoración es la palabra que mejor lo explica: sienten verdadera adoración por él.

—Lo ha pasado bastante mal. —Pego un bote al escuchar a Silvestre detrás de mí—. Perdón, no quería asustarte.

—No es nada —respondo, sonriendo con una mano en el pecho—. Estaba perdida en mis pensamientos.

—No mientas; estabas perdida en él. —Me giro para mirarlo de frente. No sé si el tono empleado ha sido amistoso u ofensivo. Pero veo que sus ojos, su boca y su cuerpo entero, sonrían con ternura—. ¿Sabes? Conozco a Rodrigo desde la universidad, estudiamos juntos Bellas Artes y juntos nos metimos en arte dramático. Fue entonces cuando empezamos a bailar en serio. —Quiero preguntarle, saber cosas, pero, por extraño que parezca, me callo y escucho—. Él bailaba desde antes, desde pequeño; me enseñó todo lo que sé.

La forma en que le mira mientras me habla me hace fruncir el ceño, como si...

—¡A ti te gusta! —medio grito, sorprendida—. Perdón.

—No pasa nada, Mena, es de dominio público. —Se gira hacia mí y

sigue hablando—. No es algo que no hayamos intentado, pero...

—Espera, espera... ¿tú y él?

—Sí. Pero no funcionó. A él le gustan más... las chicas como tú.

La cabeza me va a explotar. Imágenes de Silvestre y Rodrigo follando, yendo al cine, paseando por el palacio de oriente cogidos de la mano... ¡Joder, esto es muy caliente! ¿Por qué me ha dado esta información? ¡No necesito esta información!

Estoy roja como un tomate.

—¿Entonces, lo de antes...? —pregunto a media voz, haciendo referencia al numerito del camerino.

—Lo de antes ha sido para echarle una mano, y para quitarle la venda de los ojos. Lleva un par de meses insoportable; necesita una amiga... y otras cosas. Yo asiento, pensativa, mientras él me besa la mejilla, me aprieta el brazo y me susurra en el oído que él se va adelantando en la moto. Pero yo solo puedo pensar en estos dos enganchados, sudando, follando... No me los quito de la cabeza. «¡Salid de ahí! ¡Ya!».

Niego ligeramente, como si con este gesto la cordura volviera a mí, cojo la mochila, mi cazadora y me paro cerca de los chicos que faltan.

—¿Vienes, Rodrigo? —pregunto a sabiendas de que me va a decir que no. Él no contesta enseguida, aprieta la mandíbula mientras me observa con detenimiento.

—Aún no puedo, Mena.

Yo solo asiento, triste por un lado, decepcionada por otro.

Ilusa. Pensé que nada más terminar de grabar se lanzaría a mis brazos, tendríamos sexo salvaje en el suelo del camerino cuando se fueran todos y terminaríamos matándonos a polvos hasta el amanecer.

Pero aún no puede. El problema es que me conozco y quizá cuando él pueda yo ya no esté por la labor.

## V

**M**eto una cucharada de helado de chocolate blanco del Mercadona en mi boca y cierro los ojos, disfrutando del sabor. Por fin estoy en mi refugio, en mi hogar dulce hogar, en el sofá verde de mi salón pintado en tonos crema, en mi piso de cincuenta metros cuadrados en el Barrio de la Concepción.

Diez días. Han pasado diez días desde que Rodrigo me dijo que no podía venirse a cenar con todo el grupo. Diez días desde que Edu me comentó casualmente durante la cena que él tenía que dar personalmente las directrices para el montaje. Que lo podía haber mandado hacer, pero que él no era así, que tenía que controlar absolutamente todos los aspectos de la grabación del videoclip. Diez días en los que ni siquiera se ha dignado a ponerse en contacto conmigo.

No intercambiamos móviles porque yo también tengo mi orgullo y pensé que sería él el que me lo pediría cuando me viera marchar. No fue así. Pero él conoce a Carmen, joder, y ella le daría mi número sin pensar. Así que la conclusión que saco de esto es que todo fue un espejismo, que él no quería nada conmigo, que lo del camerino fue un arrebato. Además, fui yo la que empezó el beso.

«Sí, pero fue él quien te cogió del culo, te subió a la mesa e intentó meterte mano en las tetas».

Bueno, vale... Punto para mí.

Llevo un par de días trabajando como maquilladora en un programa de estos de cotilleo. Solo estoy de ayudante, pero lo odio con todas mis fuerzas. Odio a mi jefe, odio a mis compañeras y odio el programa.

Me gustaría tanto que me contrataran en una peli y aplicar mis conocimientos reales en maquillaje... Sentirme que encajo en algún sitio, desarrollarme profesionalmente. Ahora me siento encasillada, solo puedo explayarme en Halloween y en momentos puntuales con mis amigas.

Suspiro antes de meter otra cucharada de helado en la boca. *Dream*, de Imagine Dragons, suena en los altavoces que tengo para el móvil en la estantería y el helado se me atraganta de la congoja que me entra al escuchar ese «*everything's a mess*».

Genial. Oficialmente estoy de bajón.

Yo, que siempre he ido de juerga en juerga, que me ha importado una mierda si lo que compraba en Ikea me iba a combinar con el resto de los muebles. Yo, que tengo ropa acumulada desde el dos mil, que no he hecho limpieza de armario en mi vida porque siempre me lo hacía mi madre, me veo desde hace dos días llenando bolsas y bolsas de ropa, de zapatos, de bragas rotas que no valen ni para tener de emergencia, porque descubro que mi espíritu triste encuentra refugio en esta tarea: el orden, ese gran desconocido que ha irrumpido en mi vida y no para ponerla patas arriba precisamente.

Vuelvo a suspirar. Escucho el timbre del telefonillo y frunzo el ceño.

«Qué raro... Es muy tarde».

Cojo la tarrina de helado, la cuchara y me pongo rápido las zapatillas de estar por casa.

—¡Voy! —grito a la nada esperando que alguien con súper poderes me escuche desde el portal. Vuelven a llamar—. Va, va, vaaaa. ¿Sí? —pregunto por fin tras la carrera por el pasillo.

—¿Jimena?

Me callo. Esa voz...

—Jimena, soy Rodrigo. ¿Puedes... Bajas... O...? —Dios mío, es él.

El corazón me va a mil; escucho petrificada el sonido de la calle y por un momento no sé qué hacer, ¿abro, cuelgo, mantengo una conversación por el telefonillo...? Pero mi mano derecha, que actúa por voluntad propia, aprieta el botón y abre la puerta.

«¡He abierto la puerta! ¡¿Por qué coño he abierto la puerta?! ¡Que estoy con el pijama, joder!».

Corro hacia la cocina, tiro de mala manera el tarro de helado y la cuchara en la encimera, y salgo de nuevo al pasillo para mirarme en el espejo ondulado de la pared.

—Qué desastre, por favor... —le digo a mi reflejo. Pero no me da tiempo a más. Vivo en el primero y escucho perfectamente las pisadas subiendo los escalones, me cuelgo de la mirilla—. La virgen... —susurro bajito separándome de golpe.

Solo he visto una barba de tres días y una chupa de cuero con un pantalón claro desgastado.

Me vuelvo a pasar los dedos por mi rubia y corta melena, me estiro la camiseta de Hello Kitty y, tomando aire, abro la puerta antes de que suene el timbre.

—Hola, Rodri...go —saludo seria y con intención.

—Siento las horas —responde él, con cara de perro apaleado. Tiene que ser un corte para él, pero bien me podría haber llamado por teléfono para quedar

por ahí, así que: mi casa, mis reglas.

—No te preocupes, no estaba dormida. ¿Qué querías? —La pregunta me sale mucho más seca y tajante de lo que pretendía, pero, coño, han pasado muchos días sin saber nada de él. No pretenderá que me alegre de verle, aunque lo haga, porque está tan guapo..., pero eso no es relevante ahora.

—¿Me dejas pasar o...?

Por un momento pienso en dejarle en el descansillo de mi puerta, pero luego pienso en las dos vecinas cotillas que tengo y cambio de opinión. Me aparto a un lado abriendo de par en par y le indico el salón que está al final del pasillo.

—Tienes una casa muy bonita. —Tantea él, pero yo no tengo ganas ahora de hablar de la decoración de mi casa.

—Gracias. ¿Me vas a decir qué querías ya o tengo que esperar a invitarte a una cerveza, a hablar del tiempo y a todas esas gilipolleces de protocolos?

Se gira antes de llegar al sofá y me mira a los ojos, serio, con ese aura de misterio, de artista melancólico, de alma bohemia y afligida; y yo babeo por dentro. Me imagino acercándome a él, subiendo mis brazos y metiendo mis manos entre sus mechones de pelo negro. Me imagino tirando de ellos y acercándome a su boca; me imagino... y me pongo mala.

Rodrigo permanece impasible, en mitad de mi salón, que parece tres veces más pequeño con él dentro. Menos mal que la puerta doble del dormitorio siempre está abierta para que parezca más grande la casa, sino creo que hasta me agobiaría por la falta de espacio.

—Me has devuelto los dos pagos que te he hecho.

—No; solo te he devuelto la cantidad que me has pagado de más. Ya le dije a Carmen que te dijera que se había equivocado al decirte el precio.

—Tu trabajo no vale cien euros. —Estrecha los ojos al decirlo, está como enfadado; aunque bueno... siempre está como enfadado.

—Hace un par de semanas no pensabas así, precisamente —digo cruzando los brazos, a la defensiva.

—Hace un par de semanas no vi lo que eras capaz de hacer.

—No juegues conmigo. Dime qué quieres y lárgate de una vez.

—Quiero pagarte lo que te debo y... hablar.

—¿Hablar?

—Sí... tenemos que hablar...

Sostengo su mirada y respiro profundamente. Si me dejo llevar por la mala hostia que me está produciendo el hecho de que me esté hablando de dinero voy a acabar tirándolo por la ventana. Y no es plan.

—Hablar —repito hasta que le veo asentir—. Siéntate, anda. ¿Quieres

tomar algo?

—Agua, por favor.

Le dejo sentado en mi sofá y camino veloz por el pasillo hasta la cocina, casi aguantando la respiración. Madre mía, madre mía... ¡¿qué hago?! Por un lado me dan ganas de mantener esta pose dura y por otra lo esposaría al cabecero de mi cama... y eso que no tengo. Tendré que hacer otra visita al Ikea. Hago una serie de respiraciones intentando centrarme en lo que me tengo que centrar: la supuesta conversación. ¿De qué coño querrá hablar?

Abro el armario encima de la pila y saco un vaso de los bonitos del escurridor, lo lleno de agua del grifo, y me vuelvo al salón. Nada más salir de la cocina puedo verlo, porque el pasillo no tiene puerta, permanece sentado con los brazos apoyados en las rodillas y mirando fijamente hacia delante, hacia mi cuarto, y me felicito por haber hecho hoy la cama y recogido un poco el lío de ropa que tengo siempre en la silla del rincón.

—Toma. —Estiro el brazo y pongo el vaso justo frente a su cara. Me siento a su izquierda y me coloco de lado, doblando una pierna para poder verle mejor.

—Gracias —dice antes de vaciarlo casi de un trago. Me pierdo en la nuez subiéndolo y bajándolo en su garganta. Le quiero morder ahí.

—Has venido a hablar —expongo para romper el hielo. Me enerva la espera, no soy lo que se dice paciente para estas cosas, creo que toda la agoté en mi adolescencia con mi madre y su «luego te cuento una cosa»—. Habla.

—Te gusta leer... —señala la estantería con la cabeza.

—Mucho.

—A mí me ha gustado bailar toda la vida, desde pequeño —empieza, girándose hacia la mesilla de madera y cristal a su derecha para dejar el vaso. Se calla un momento y se coloca como yo, para poder mirarnos a la cara—. Con ocho años mi madre me apuntó a ballet clásico. Imagínate el disgusto de mi padre, él que quería que su único hijo fuera el nuevo Butragueño, pero, aun y todo, lo respetó; sin embargo, cuando lo supieron mis amigos del colegio... ese fue otro cantar. Pasé mi infancia defendiéndome de las bromas pesadas, de las malas lenguas, de gente venenosa. No me quejo mucho, al fin y al cabo crecí y me creé a mí mismo a base de golpes. Cuando a los dieciocho decidí estudiar Bellas Artes observé que en este mundo tenías que tener padrino para destacar. No he contado con nadie nunca, Mena. Exceptuando a mis padres y a mis amigos de verdad, nadie me ha ayudado, nadie ha confiado en mí.

Se calla y yo no puedo preguntarle nada, su voz entra en mi sistema calmando la necesidad imperiosa de besarlo, quiero saber. Así que, por primera vez en mi vida, me callo, y me cuido mucho de decir nada que le pueda distraer.

Me pierdo en sus gestos, en su mirada, en todo él.

—Yo... sé que no es excusa, pero... me distraías en la grabación. —Abro mi boca como un buzón de correos, no me esperaba esto para nada—. Sí, lo sé, soy gilipollas y todo lo que quieras, pero este vídeo era mi oportunidad. Y te vi plantada en mi camerino, con esa camiseta, con esos vaqueros... tan natural..., tan tú.

—¿Y por eso has tenido que ser un cabrón conmigo? —pregunto intentando no levantar el tono de voz y procurando empatizar con él. No lo consigo.

—Sí..., ¡no! —rectifica implorando con mi mirada.

Yo me levanto y me dispongo a pasear como un león enjaulado, pero él me lo impide, cogiéndome del brazo y dejándome caer al sofá de nuevo. Él ya se ha abierto conmigo, ha venido a mi casa.

—¿Por qué no me has llamado antes? —susurro, casi echándoselo en cara, deseando que me dé una buena razón para poder hacer borrón y cuenta nueva. Lo necesito.

—Porque cuando lo hiciera necesitaba centrarme en ti por completo, necesito saber, necesito ver...

Para de hablar y mira mis labios. Vuelvo a estar como aquél día en la nave: a dos milímetros de su boca. Su aliento cálido se cuele entre mis labios haciéndome cosquillas.

Mantener esta tensión, estirar este momento previo al beso, es algo que me encanta. La incertidumbre de quién será el primero en acortar las distancias, me hace sentir mariposas en el estómago. Sí, lo sé, es una horterada, pero es la única forma de describir este hormigueo que siento en mis tripas. Empiezo a notar el pelo de su barba en mi piel, lo que significa que ya no son dos milímetros los que nos separan, sino sólo uno. Un milímetro de ansiedad, un milímetro de desesperación por no saber... ¿será él o seré yo?

Él.

Su lengua empuja contra la mía y me quiero morir. Un calor abrasador me recorre entera, desde los dedos de los pies hasta el último folículo capilar de mi cabeza. Siento la humedad entre mis piernas y pienso, casi sin darme cuenta, que si me tiene en este estado de excitación tan solo con una mirada y un beso, ¿qué conseguirá cuando me toque?

No pienso más porque sus manos se cuelan bajo la camiseta del pijama y se encuentran con una teta sin sujetador. Aprieta y gruñe. Y yo... me dejo llevar. Muerdo su boca y meto de nuevo mi lengua, empujando la suya, en un beso devastador. Siento una extraña presión en mi vagina, como si se hubiera hinchado más de la cuenta, y digo extraña porque yo esta sensación de tener mis

partes más... pesadas, no la he tenido nunca.

Lo único que quiero es restregarme cual perra en celo contra algo duro. Y, ¿cuándo no he hecho yo lo que he querido?

Rompo el beso y lo empujo con todas mis fuerzas haciendo que su espalda toque el respaldo del sofá para poder colocarme a horcajadas.

«Oh, sí». Cierro los ojos por un momento y muevo mis caderas hacia delante y hacia atrás. Yo creo que me voy a correr en dos movimientos más. Por dios, ¿cuándo he estado yo así de excitada? ¡Jamás en la vida!

Abro los ojos y observo al chico que me trae por el camino de la amargura. Su pelo tan despeinado, su barba de tres días, su boca entreabierta, sus manos en mi cintura queriendo subir más, y sus ojos anclados en cómo muevo mi pelvis, me están poniendo mala.

Gimo casi sin querer y le hago reaccionar. Sube su mirada, me coge del culo y se levanta conmigo en brazos. Da un par de pasos dejándome caer en la cama de mi cuarto.

—¿Qué me haces, Mena? —pregunta casi con rabia, como si no quisiera estar conmigo, como si...—. ¿Qué tienes que me hace perder la cabeza así? Te miro y solo quiero...

—¿Follar? —pregunto casi sin aliento.

—Sí, Mena. Follar hasta caer exhaustos —dice entre dientes mientras se quita la camiseta—. Follarte de mil y una maneras durante toda la noche y todo el día de mañana —sigue mientras se desabrocha el botón del pantalón y yo me pierdo en sus oblicuos—. Y cuando terminemos de follar, volver a empezar. Desde el principio.

«Oh. Dios. Mío...».

Yo permanezco medio tumbada en mi cama, sin quitarle ojo de encima mientras se baja el vaquero y veo su polla. Quiero hablar. Quiero decirle algo ingenioso y genuino. Algo que haga que se mate a pajas cuando no esté conmigo. Algo que le deje marcado para siempre. Pero no se me ocurre nada, porque mis neuronas han muerto electrocutadas en el sofá y lo único que sale de mi boca es: «landbdjksbej».

Me dejo caer de espaldas y levanto las caderas para poder bajarme pantalón y braguita, pero él frena mi movimiento con sus manos, me mira y permanece quieto hasta que yo retiro las mías. Parece que es de los que mandan... Me dejaré hacer, de momento.

El tirón que me da para desprenderme de mi ropa casi hace que me caiga de culo de la cama. Grito y del susto me incorporo, haciendo malabares para no caerme, y él se ríe, y a mí se me pasa el incipiente cabreo con sólo escucharle.

—¡Perdón! —exclama entre risas, terminando de sacar mis piernas del

pijama—. Juro que ha sido sin querer.

—Ya, claro. Seguro que ha sido tu manera de vengarte —respondo estrechando mis ojos, medio en broma medio en serio.

—Ah, no, Mena. Mi venganza va a ser otra...

Me empuja de nuevo sobre la cama y se coloca a cuatro patas sobre mí, su erección rozándose con mi pubis.

«Métela, métela hasta el fondo, por Dios».

Se abalanza de nuevo sobre mi boca y se tumba encima; abro mis piernas para hacerle hueco. Le siento duro contra mí y yo solo pienso en acogerle en mi interior.

—Por favor... —consigo susurrar separándome de él en busca de aire.

—¿Qué, Mena? ¿Qué quieres? —pregunta mientras se frota; besa mi cuello, mi hombro, lame mi esternón y sopla, despacio.

—Por favor, Rodri... —Y dejo su nombre suspendido en el aire. Observo cómo levanta su cabeza y me mira a los ojos.

—¿Me perdonas por ser un capullo? —pregunta, enfriando el momento.

—¿Era esta tu venganza? —pregunto y sonrío al ver su rostro de desconcierto—. ¿Enseñarme la polla y luego pedirme perdón? ¿Ponerme la miel en los labios y luego nada? Porque, Rodri, esto lo podíamos haber hecho con la ropa puesta.

Abre los ojos y se ríe, momento que aprovecho yo para empujarlo contra el colchón y alcanzar, rauda, la mesilla de noche. Cojo la caja de preservativos del cajón, compruebo la fecha y saco uno.

Al girarme lo veo tumbado, erecto y con sonrisa preciosa en su boca. He de reconocer que verle serio y cabreado consigo mismo, en los ensayos, me ponía muchísimo, pero así, relajado en mi cama, caliente partes de mi cuerpo que ningún otro ha calentado antes.

Avanzo despacio de rodillas, con el preservativo en la boca, hasta llegar de nuevo a su lado.

—¿Encima te ríes de mí? Qué poca vergüenza... —le digo antes de rasgar el envoltorio con mis dientes sin dejar de mirar a sus ojos ni un instante. Él jadea mientras observa cómo mis manos aprietan la punta del látex y se colocan sobre su glándula—. Prepárate para la mía, bailarín.

—Joder, Mena —musita mientras lo estiro despacio sobre su polla.

—A eso vamos, Rodri... a joder.

Me coloco a horcajadas y me empalo sin más. Llevo preparada desde hace dos semanas, no necesito ni quiero más, ahora no. Gimo con fuerza al sentir cómo encajamos, al notar que me estira, que me colma. Estoy tan hinchada, y la visión que tengo debajo de mí es tan jodidamente excitante, que yo creo que si

aprieto el esfínter, me corro.

Sus manos avanzan ansiosas hasta mis caderas y me sujeta con fuerza para moverme sobre él.

Gimo de nuevo, al mismo tiempo que echo mi cabeza hacia atrás, disfrutando de tenerlo, de sentirlo, estirando este momento al máximo. Me empuja de nuevo sobre él, despacio, haciendo que nuestros pubis se froten. Esto es una puta delicia.

Me inclino hacia atrás colocando mis manos sobre sus rodillas y empiezo a moverme, colocándome para que alcance ese punto de mi cuerpo que conozco bien y que hoy está al doble de su tamaño. Y lo noto... y él también.

—Mena... —gimotea antes de deslizar sus manos hacia mi trasero y apretarme contra él, con fuerza.

Se acabó.

Me dejo caer hacia delante, anclando mis dedos en su pecho y empiezo a moverme con fuerza. Lo siento. El orgasmo va a arrasar conmigo y no voy a ser discreta para nada.

Grito liberándome, dejándome llevar, totalmente entregada a este momento, a él.

Me muevo una vez y otra, presa de esta locura, de esta especie de frenesí, pero esto disminuye. Caigo sobre él y le beso mientras sigo estimulándome con suaves oscilaciones.

—Ponte boca abajo en la cama —me susurra al oído cuando nota que la velocidad de mis movimientos son más perezosos.

Yo no contesto, lo hago sin más. Desmonto y me estiro boca abajo en la cama. Un nanosegundo después está cerrando mis piernas, levantándose las caderas y penetrándome desde atrás. Es... intenso.

—Rodri... —susurro contra la colcha, no sé qué decir, no me sale ni un simple por favor, solo quiero correrme de nuevo. Jadeo, gimo y acabo mordiendo la colcha mientras siento cómo entra y sale de mí.

—Desde que te vi aquella tarde en el camerino he querido esto... me pones a cien... Eres un puto desastre y me estás volviendo... completamente loco... —Y todo esto lo dice entre embestida y embestida, haciendo que me deshaga, literalmente.

Se ha tumbado sobre mí por completo y sus brazos se cuelan bajo mi cuerpo para abrazarme. No me puedo mover, pero no me agobio, solo quiero que la presión que tengo en mi coño desde que ha entrado por la puerta desaparezca.

Una de sus manos desciende por mi cuerpo y busca entre mis pliegues mi clítoris, dispuesto a terminar lo que hemos empezado. Subo un poco más las caderas, dejándole hueco, y culmino de nuevo entre gritos de puro éxtasis.

—¡Hostia puta, Mena! —sisea en mi oído antes de correrse, por fin. Cierro los ojos y pienso en esto. En él, en mí... en el afán de Carmen y de los chicos en decirme que Rodrigo en realidad era un buen tipo.

—Guau —consigo expresar cuando siento su cuerpo saliendo del mío.

—Ya te digo... —Sonríe, se levanta perezoso y se quita el preservativo sin dejar de mirarme—. Voy a tirar esto.

Sale del cuarto y yo también sonrío. Joder con Rodrigo... una imagen de Silvestre y él montándosele aparece en mis pensamientos. Dios... si tuviera un par de cojones le pedía un trío.

Escucho el sonido de la puerta de la basura y después la luz del baño, la cisterna sonando y el grifo abrirse. Algo dentro de mí, como unas lucecitas de neón en forma de corazón multicolor, me dicen que quiero dormir con él, que quiero acurrucarme a su lado.

—¿En qué piensas? —pregunta apoyado en el quicio de la puerta. Aún no ha dejado de sonreír.

—Me gustas siendo Rodri —contesto palmeando el colchón para invitarle a tumbarse a mi lado. Yo no soy de dar vueltas a las cosas, si me gusta el chico, pues me gusta.

—Ahora en serio, ¿me perdonas por haber sido tan imbécil?

Se deja caer de lado a mi derecha, doblando el brazo y apoyando la cabeza en la mano, su otro brazo lo pasa por mi estómago acercándose a él. Yo también me coloco de lado para tenerle de frente; cojo el borde de la colcha en el proceso y nos tapo con ella.

—Bueno, si insistes... te perdono —me acerco y le beso la punta de la nariz—. ¿Me perdonas tú a mí?

—¿Por haberme puesto celoso con Silvestre? —me pregunta medio en broma, mordiendo mi barbilla y apretándose el culo casi en el mismo movimiento.

—Entre otras cosas... —Acaricio su flequillo y dejo mi mano en su nuca, dibujando en su cuero cabelludo extrañas figuras—. Yo tampoco te lo he puesto fácil.

—El problema no era ese, Mena. Estaba muy nervioso, quería que saliera todo perfecto, y apareces tú poniendo todo mi mundo patas arriba.

—Para mí fue un poco estresante verte cabreado todo el rato. No sabía qué cojones te había hecho. —Intento no cerrar los ojos mientras hablo, porque sus caricias en mi cadera me están atontando.

—No supe reaccionar.

—Yo tampoco.

Nos quedamos los dos en silencio regalándonos caricias, roces de labios,

suspiros. La luz de la luna que entra por la ventana es testigo de este momento, de las confesiones, de los inicios de algo que aún no hemos querido nombrar.

—¿Qué has hecho conmigo? —pregunta, nariz con nariz—. ¿Quién eres tú, Jimena?

—¿Yo? —respondo mimosa, acariciando sus labios con los míos—. Solo soy el desastre que te hará feliz.

## EPÍLOGO

Cierro los ojos y me concentro en el trino de los pájaros que estoy escuchando. Me visualizo como Heidi en casa de su abuelo, en plena naturaleza, respirando aire puro. Pienso en Niebla bostezando a la sombra de un abeto la hostia de grande, a la ovejita, que nunca me acuerdo de como se llama, correteando por la pradera. Me imagino dando vueltas en plan croqueta ladera abajo, riendo, carcajeándome como una loca; descojonándome, vamos, feliz de la vida.

—Mena, cariño, como sigas apretando así la mandíbula, se te van a saltar todos lo empastes, y a ver qué hacemos luego. —La voz de Carmen penetra en mi bucólica imagen del pueblecito de los Alpes.

«¡Joder!».

—¡No me distraigas, tía! —mascullo entre dientes abriendo los ojos y dedicándole mi mirada más atroz.

Error.

La imagen de la rubia de bote haciendo esos pasos tan obscenos con Rodrigo vuelve a quemar mi retina.

Observo a Carmen con desesperación y ella me dedica una mirada de disculpa.

Hay mucha gente, demasiados testigos como para que mi carácter explote. Me visualizo como la pelirroja de los X-Men, mandándolos a todos a la mierda.

—Mena...

—¿Pero has visto lo que está haciendo? —pregunto entre dientes, intentando que el cámara que tenemos al lado, y que no le quita ojo a Carmen, no nos escuche.

—Lo veo, cariño. Pero sabes que no significa nada, ¿verdad?

—Claro que lo sé, Carmen. Claro que lo sé.

Hay veinte bailarines en escena. Rodrigo ha estado hablando hasta hace nada con Silvestre y ahora le muestra cómo tiene que ejecutar los siguientes pasos. Se acaba de sentar en una silla, y la rubia se ha colocado a horcajadas y bueno... ahí están, dándolo todo. Refrote para arriba, refrote para abajo.

Hay una Mena en mi interior que se acaba de levantar de la silla, camina despacio hacia la pareja de baile, engancha a la *peliteñida* de la melena y la quita de en medio con muy malas artes. Se coloca ella encima de Rodrigo y le coge del pelo antes de morrearle a placer.

—Pues no lo parece, Mena. Tienes la vena de la sien que parece un brazo gitano...

—No puedo más —digo antes de levantarme de un salto—. Me voy atrás un rato.

Me ha parecido ver una media sonrisa de entendimiento, pero no me paro a procesar nada. Solo necesito no estar rodeada de tanta gente, ni de tanta tía buena, ni de tanta testosterona revoloteando por ahí.

En este año que llevamos de relación, Rodri ha llegado muy lejos. El video clip de *Earned it* fue todo un éxito y le empezaron a llover ofertas por todas partes. Ha grabado un disco y ahora está preparando el videoclip de su primer sencillo. El cuerpo de baile triplica el que tenía cuando empezó y hay muchas chicas guapas. Demasiadas diría yo. Todas en realidad.

Lo sé. Lo sé. Es absurdo... pero, ¿qué hago? Yo soy un pato mareado bailando y la vida de Rodrigo es el baile. No tener eso en común con él me saca de quicio, me pone celosa. Y nunca he estado celosa. ¡Y me cabrea!

—¿Jimmy?

Escucho al otro lado de la puerta acompañando a unos suaves golpecitos. Sé que es Rodrigo, solo él me llama así. Mierda.

—¡Pasa!

A ver qué hago ahora para que no note que me estoy subiendo por las paredes.

—Jimmy, ¿qué haces aquí? —pregunta mientras abre una rendija y asoma la cabeza para asegurarse que estoy dentro.

Miro rápido a mi alrededor, buscando una idea, una excusa, una maniobra de distracción.

—Esteeeeee... estaba buscando mi riñonera, que no la encuentro por ningún lado —contesto con lo primero que se me pasa por la cabeza.

Él frunce el ceño y termina de entrar en el cuarto. Está mirando a mi cintura, exactamente donde tengo la riñonera colgada desde hace cuatro horas.

—La tienes puesta —dice señalándola. Soy gilipollas.

—¡No jodas! —exclamo de manera exagerada antes de soltar una risita histriónica. Muy bien Mena. La reina de la discreción eres tú.

Rodrigo me mira fijamente. Sé lo que debe estar pensando: «Pobre Mena, se ha vuelto loca del todo. No tenía que haberme enredado con ella».

Baja la cabeza, cierra la puerta detrás de sí, sin girarse, y cruza los brazos antes de mirarme de nuevo. Sus ojos se anclan a los míos, sabiendo que así voy a confesar hasta si he mangado alguna vez algo en un supermercado. Que no es el caso, aunque hubo una ocasión con trece años que...

—¿Me vas a contar lo que te pasa? —pregunta en ese tono de voz

autoritario que me excita y me cabrea a partes iguales.

—No me pasa nada, ¿y a ti? —respondo en el mismo tono.

—A mí me pasa que te necesitaba fuera y no estabas. Tu turno.

—Ya te he dicho que no encontraba la riñonera.

—Hace dos minutos estabas pintándole el código de barras en la cara a Silvestre. No te ha dado tiempo a olvidar que llevabas las pinturas encima.

Le echo una mirada desafiante, quiero hacer que deje el interrogatorio con un «zas en toda la boca», pero ¡no me sale nada! Maldito Rodrigo y su pose chula que me pone a mil doscientos por hora. Malditos abdominales que se marcan y se asoman sin permiso a través de la chaqueta abierta, maldita uve que me hace imaginarme mi lengua por... ¡MALDITA UVE!

—Bueno, ¿y para qué narices me necesitas fuera si os acabo de retocar a todos? —pregunto desviando el foco de atención de mi mentira.

Toma aire, las aletillas de la nariz se le abren. Sé que está contando hasta veinte.

—Es Sole, necesita que le vuelvas a pintar las letras; al marcar los pasos se las he borrado sin querer.

Ya.

Sole.

¿Habéis visto la película de Disney de los muñequitos que tenemos dentro del cerebro? *Del revés* creo que se titula. ¿Visualizáis a Ira? Es bajito, regordete y muy rojo. ¿Lo tenéis en mente? Pues así estoy: muy roja y echando humo por las orejas.

Veo a la tal Sole sentada a horcajadas encima de mi chico, restregando el *parrús* al compás de la música, mientras las manos de Rodri tocan más piel de la necesaria. No puedo disimular esto. ¡No me sale!

—Ya... ¿Y era necesario frotar sus tetas en el paso de baile? —A tomar por culo la maniobra de distracción. Ya lo he dicho. Que sea lo que dios quiera.

—¿Qué? —Descruza los brazos y da un paso al frente. Yo lo doy hacia atrás.

Sé que me estoy cegando, sé que estoy sacando las cosas de quicio, pero no soy un puto robot, ¿vale? ¡Tengo sentimientos! ¡Unos muy feos ahora mismo, pero sentimientos al fin y al cabo!

—Me has escuchado perfectamente, Rodri. No me hagas repetirlo.

—Pero... ¿A qué viene esto, Jimena? —Ya no soy Jim, ni Jimmy...  
Interesante.

—Viene a que no soy de piedra, Rodrigo.

Y a que la tal Sole tiene las manos muy largas, que me he dado cuenta.

Bufa. Le acabo de sacar de su zona de confort.

Sé que no viene a cuento y que no tiene razón de ser. Hemos trabajado un montón de veces juntos. En realidad, apenas nos hemos separado desde aquella primera vez en mi casa. Hemos respetado espacios y tiempos. Yo le he visto bailar con muchas chicas, él me ha visto toquetear a todos y cada uno de sus compañeros de baile. Hasta hemos bromeado entre nosotros al respecto. Yo creo que no se ha planteado nunca que pueda ponerme celosa. La verdad, yo tampoco.

—¿Tan poco te fías de mí como para pensar...?

—Eh, eh, eh. Para el carro. No es cuestión de confianza. Es que salta a la vista que Sole y tú tenéis una química especial cuando bailáis. Sé que no hay nada entre vosotros, sé que no me engañarías porque no va contigo, pero eso no quita para que me ponga de los putos nervios cada vez que veo cómo se restriega contra ti como una gata en celo.

—Jimmy, el baile es así. Yo solo indico cómo tiene que moverse, soy el que marca los pasos —explica con ese tono que utilizamos todos cuando pensamos que nuestro interlocutor es gilipollas—. Si se tiene que poner encima de mí y hacer que me está cabalgando, pues lo tiene que hacer.

El muñequito rojo está que arde...

—¡Ya lo sé! ¡¿Te crees que soy tonta?! ¡¿Que no sé distinguir un paso de baile de la realidad?!

Me tapo la cara. Le he gritado. Dios mío, qué vergüenza.

—Perdón.

Escucho sus pasos, probablemente se esté acercando de nuevo a la puerta. Seguro que se va y me deja sola, muerta del asco, mordiéndome las ganas de coger de los pelos a esa... ¿Acabo de escuchar el pestillo?

Levanto la cabeza y le miro. Está de espaldas, mirando la puerta que acaba de atrancar.

Nos conocemos demasiado bien. Quizá muchos piensen que un año de relación no es tanto, pero ha sido tan intenso, nos hemos dedicado tanto tiempo, han sido tan pocos los días que hemos estado separados, y han sido tantas las noches de sexo salvaje y confianzas a media voz, que parece que llevamos juntos media vida. Por eso sé, sin miedo a equivocarme, que ahora mismo está pensando la manera exacta y el tono adecuado en el que me va a hablar para que no me sienta mal lo que sea que me tenga que decir. Y me temo que después de cómo me he puesto, no le va a faltar razón. «Joder Mena, si es que no tienes control...».

Se da media vuelta y me observa de arriba abajo.

Espera.

Esa mirada devoradora de hembras no me la esperaba para nada.

—Te voy a explicar dos cosas, Jimmy. —Avanza despacio hacia mí y levanta un dedo—. La primera es que Sole no me gusta, es demasiado... Demasiado, dejémoslo ahí. Y la segunda es que me acaba de poner mogollón este numerito que acabas de montar de novia celosa.

—¡Rodrigo! —exclamo con la boca abierta. Miro a su entrepierna antes de fijarme en sus ojazos grises de nuevo. Efectivamente, está cachondo.

—Ven...

—No.

—Jimmy, ven.

—¡Que no!

Me estoy visualizando corriendo como una estúpida por el camerino y él persiguiéndome, los dos riendo en plan película moñas hasta que tropiezo, él se cae sobre mí y follamos salvajemente en el suelo.

Pero no me da tiempo porque, según doy un paso hacia atrás, Rodrigo me coge del brazo y me estrecha entre los suyos.

—Suelta, Rodrigo. No es momento para... —Se me ha olvidado lo que iba a decir; su lengua está haciendo maravillas en mi cuello y en el lóbulo de la oreja—. No es momento... Rodri...

Dejo caer la cabeza, facilitándole el acceso, y él aprovecha para morderme. Me pone a cien, coño. Pero no es el lugar para hacer estas cosas. Empiezo a notar sus manos en mi trasero y sé que como descienda un poco más voy a estar perdida. Intento zafarme de su agarre, pero tampoco lo hago con muchas ganas. Las sube ahora hasta mi cara y empieza a apretar sus caderas contra las mías mientras busca mi mirada.

—Ninguna tía, nunca, jamás ha conseguido sacarme de mi caparazón como lo has hecho tú. Sabes que te quiero, y si por una de las casualidades de la vida me fijara en otra, ten por seguro que antes rompería lo nuestro. Cosa que no va a pasar porque sigues siendo tú a la única que tengo en mi pensamiento todo el puñetero día.

Y yo me callo porque, después de tal declaración, solo me queda rodearme de algodón de azúcar y hacer la croqueta. Me muerdo los labios, pensando en qué puedo decir para defenderme, pero él se me vuelve a adelantar.

—¿Quieres que ponga a Brais a hacer este tipo de pasos con las bailarinas?

—¿Brais? ¿Por qué harías algo así?

—Pues porque no quiero que desaparezcas del escenario cada vez que tenga que..., ¿cómo dices siempre? ¿Refrotarme? con alguna bailarina —dice sonriendo—. Si desapareces me distraigo, no me concentro.

Cuando le conocí, me llamó la atención su pose chula, seria y borde. Pero

cuando me mostró su faceta más dulce, cuando me sonrió con toda su verdad por primera vez y me demostró que detrás de esa fachada había un tío sensible con un corazón enorme, me enamoré irremediablemente de él. Hasta las trancas.

—No.

—¿No?

—No quiero que pongas a Brais, ni a Silvestre, ni a ningún otro si no es lo que ibas a hacer en un primer momento. No quiero que cambies nada por mis idas de olla. Pero he visto cómo te mira esa chica y cómo me mira a mí, por encima del hombro.

—Jimena. No me gusta Sole.

—Lo sé, lo sé. —Cierro los ojos y tomo aire. Soy Heidi. Soy Heidi. Soy Heiidiidiiii—. Venga anda. Vamos fuera.

Pero él no se mueve, se está mordiendo el labio inferior de ese modo que sabe que me encanta. Yo le imito y me acerco, despacio, quedándome a dos milímetros de su boca, respirándole, aguantando en ese pulso que tenemos siempre. Yo soy la que pierde. Recorto la minúscula distancia y le beso.

Están llamando a la puerta con urgencia, pero, no sé por qué, ninguno de los dos hace caso.

Rodrigo me tiene atrapada contra la pared del fondo, nuestras lenguas bailan al compás de la música que se escucha de fondo. No sé cuánto tiempo llevamos devorándonos; mi camiseta está en algún lugar indeterminado del camerino y el sujetador a medio quitar. Su chaqueta también ha desaparecido y su bragueta está abierta dejando que mi mano investigue los recovecos de sus boxer de Calvin Klein. Todos deben estar ensayando mientras nos esperan, pero me temo que se nos ha ido de las manos. Me arde la piel con cada caricia, me falta el aire con cada intrusión de su lengua en mi boca; acabo de perder el norte... como siempre con él.

Los golpes se vuelven más insistentes; me parece escuchar el nombre de Rodrigo a voz en grito, pero la única neurona que me quedaba sin chamuscar, ha dejado de hacer conexión en cuanto ha notado los dedos de mi chico haciendo maravillas en mis *pezonzuelos*.

—¡RODRIGO! ¡JIMENA!

Vale... Esos somos nosotros. Rodrigo afloja la intensidad y yo, a disgusto, me separo de sus labios de gominola. Nos miramos a los ojos, haciéndonos mil promesas para después...

—¡Rodrigooooo!

Sonríó al reconocer la voz de Silvestre y me separo del todo.

—¡Ya va! —contesta antes de darme un dulce beso justo debajo del

lóbulo de la oreja, en ese punto que sabe que me deshace—. Luego...

Observo fijamente sus ojos grisáceos y asiento.

—Luego...

«Luego vamos a romper mi cama, *chatín*».

Empezamos a buscar la ropa entre risas y miradas divertidas. Madre mía... como si no hubiésemos follado esta misma mañana.

Cuando abrimos la puerta vemos a Silvestre y a Brais con cara de muy pocos amigos, y a Itziar babeando por detrás. Está colgada de Brais desde que lo ha conocido esta mañana. No me extraña, las cosas como son.

Que yo esté cegada con mi Rodri, no implica que no pueda admirar la belleza cuando se me pone delante.

«Pues igual puede hacer Rodri, ¿no?». No, él no puede... Joder. Pues claro que puede, imbécil.

Todos nos están mirando, Itziar me empieza a hacer gestos extraños, yo muevo la cabeza como diciendo: «¿Qué cojones te pasa?». Ella abre los ojos como platos y estira mucho el cuello como diciendo: «¡Mírate, hostias!». Yo me miro y veo con horror cómo la teta de la izquierda amenaza con salirse de su sitio. ¡Será insurrecta! Me coloco bien el escote de la camiseta mientras veo como Silvestre me mira divertido. Me guiña un ojo y le devuelvo el saludo.

«Pillada».

—¿Se puede saber qué os pasa? —exclama Rodri poniendo esa voz de *donordenoymando* que tanto me sacaba de quicio cuando le conocí.

—Pues que llevais ahí dentro media hora y tenemos un vídeo que grabar —contesta Silvestre con retintín.

—¿No os he dicho que fuerais ensayando?

—Llevamos meses ensayando, tío. ¡Lo que queremos es grabar ya! —dice Brais con un tono de ansiedad en su voz. Sonríe, marcando hoyuelo e Itziar suspira.

—¿Y tú? —le pregunto a ella—. ¿A qué venías?

—A ayudar a echar la puerta abajo.

Los cinco nos miramos unos a otros y finalmente estallamos en carcajadas. Esto es lo que pasa cuando gran parte de la gente con la que trabajas es casi de tu familia. Ellos saben de sobra lo que estábamos haciendo, de hecho estoy segura de que ha sido Silver el encargado de llamar la atención sobre nuestra ausencia, y Brais le habrá seguido el juego. Itziar se apuntaría a un bombardeo con tal de chincharme y de aliarse con estos dos bombones rellenos.

Antes de salir por la puerta Rodrigo se da media vuelta, me mira y mueve los labios vocalizando un: «Solo tú». Se me acaba de hacer el culo *pepsicola*.

Asiento, sonrío y le lanzo un beso que él atrapa.

—¡Oh, por favor! —exclama Brais mientras nosotros nos descojonamos por el momento moñas—. Me vais a hacer vomitar.

—Déjate de vomitonas y vámonos ya —le contesta Rodrigo palmeando su espalda. Los tres avanzan por el pasillo y yo me quedo con Itziar un segundo, ella me da una bolsa de mis chuches favoritas y yo la meto en la riñonera, como siempre.

—Gracias Itxi —digo dándole un beso en la mejilla.

—Déjate de besos ni gracias. Quiero cenar con Brais y no sé cómo entrarle... Ayúdame Mena, *porfa*.

—Eres consciente de que este chico es un picaflor, ¿verdad?

—Yo tengo una flor muy grande, Mena, y quiero que me la pique.

La carcajada sale de mi boca con tanta fuerza que creo que la he escupido un poco.

—¡Pero serás burra! —Veo cómo se encoge de hombros antes de acompañarme en las risas.

Sé que Itziar sabe cuidarse sola, pero es la hermana pequeña de Carmen y siempre hemos tendido a protegerla de las garras de algunos tipos y tipejos. Está claro que ella tiene el mismo carácter que Carmen y no necesita ayuda en temas amorios, pero... sigue siendo la pequeña del grupo. Es lo que la toca.

Paso un brazo por sus hombros antes de acercarla un poco y poder hablar bajito:

—Me temo que ese bombón está ocupado en este momento, *neni*.

—No me jodas...

—Estoy convencida, cariño. Anda. Vamos para allá antes de que Rodrigo venga a buscarme de nuevo y al final no salgamos de aquí en todo el día.

Ella se ríe antes de darse media vuelta haciendo un paso de baile y desaparece por el pasillo.

Tomo aire y recoloco la riñonera mientras ordeno mis pensamientos. Estoy allí para trabajar, no para morirme de celos sin razón con cada bailarina que le toque.

«Exacto, Mena. Imagínate que él montara un numerito cada vez que tocas a uno de esos bombonazos...».

—Sí, sí... Lo sé —me digo en voz alta antes de armarme de valor y seguir el camino hacia la sala de ensayo.

Mientras camino despacio pienso que a Rodrigo y a mí nunca nos ha hecho falta ponernos etiquetas, no nos hemos tratado nunca de novios, ni nos hemos presentado como tal ante nadie. Él es él, yo soy yo y juntos somos nosotros. Sin más explicaciones. No lo hemos hecho aposta, simplemente creo que ninguno de los dos ha caído en la cuenta. Pero ahora... ahora me dan ganas de ponerle un

puto tatuaje en la frente que diga «propiedad de Jimena».

Miro mi reflejo en un espejo que hay en la pared del pasillo; estoy hecha un desastre. Me hago una coleta alta con la media melena y pienso que voy a ser una mujer civilizada y que hoy no voy a arrancarle la cabeza a nadie. Sonríe ante mi broma y me relamo. Sus besos aún arden en mi piel.

—Hola, Mena —me vuelve a saludar Silvestre con su rostro resplandeciente.

—¡Hola, Silver! —El muy mamón tiene un rostro resplandeciente. Sé que hoy anda como loco, hay un chico del grupo de bailarines, de los de toma pan y moja hasta el empacho, que le ha puesto el mundo patas arriba. Y me alegro, me gusta verle sonreír con los ojos, sonrojarse cuando pasa a su lado y me encanta ser testigo de ese cruce de miradas. Porque lo más bonito de todo es que Bruno le corresponde—. ¿Cómo vais?

—¡Bien! Ha dicho Rodrigo que grabamos en cinco minutos y que te busque para que me rehagas el tatuaje del cuello. —Lo miro con intención.

—¿Pero se puede saber por qué os da por magrearos justo antes de la grabación? Joder, Silver...

—¡Lo siento!

—No me mientas, que no lo sientes en absoluto.

Ambos nos miramos cómplices. Han sido muchas pelis juntos con manta y sofá mientras Rodri grababa el disco. Muchas confidencias y charlas a corazón abierto. Me contó muchos detalles de la relación que tuvieron cuando eran más jóvenes, yo le confesé que, cuando lo supe, nos imaginé haciendo un trío. Antes de que os lo preguntéis, no. No lo hicimos. Las cosas entre Rodri y yo se pusieron demasiado serias desde el principio. No hubo lugar a meter más incógnitas en la ecuación.

—¿Por qué estás tan callada? ¿Qué te pasa? —me pregunta. He estado perdida en mis pensamientos mientras me dedicaba a recordar.

—Tonterías, Silver, como siempre... Ya me conoces. —Termino el dibujo y le doy un beso en la mejilla—. Voy a buscar a la otra. Digooooo, a Sole. Cierro los ojos sabiendo que he metido la pata y que él me ha pillado.

—Ya... ¿Sabes? Nunca he visto tan feliz a Rodri como ahora, contigo.

—Lo sé...

—Lo sabes.

No hace falta que añada nada más. No hay dudas que valgan. No hay celos, ni rubias, ni pelirrojas. Solo él y yo.

Localizo a la Sole —me muerdo las ganas de soltar la coletilla de aquél programa de televisión de los noventa— y me acerco hasta ella. Está hablando

con otra chica, Natalia creo que se llama. Juraría que está liada con Brais, míster hoyuelos perfectos según Itziar, pero solo son especulaciones.

—Hola, chicas —saludo antes de fijar mi mirada en el objeto de mis celos—. Me ha dicho Rodrigo que tengo que retocarte.

—¡Hola, cariño! —me dice ella excesivamente efusiva antes de empezar a reírse como las hienas del Rey León—. Sí. Antes se nos ha ido el baile de las manos.

Estoy convencida de que ese «nos» ha sonado en un tono más alto, pero soy una mujer súúúúper adulta que se ha prometido a sí misma dejar de hacer el imbécil con este tema. Tomo aire disimuladamente antes de sonreír y decir:

—Ya lo veo, ya —respondo ignorando la cara de víbora—. Ven, bájate el tirante que rehago las letras.

—Menudas manos que tienes, Mena —me dice Natalia mientras observa cómo pinto a mano alzada unas letras inventadas.

—¡Muchas gracias! La verdad es que llevo años dedic...

—Para manos las de Rodri. ¡Cómo toca ese hombre!

Heidi...

Heidi en los Alpes suizos cantando con Pichi, ¡y la puta madre que parió a la señorita Rottenmeier! ¡Será bicho! ¡Me está provocando! Esta niñata no sabe quién soy yo. ¡No tiene ni puñetera idea!

Termino el trazo de la última letra con toda la delicadeza de la que soy capaz mientras me carcajeo un poco, como siguiéndole la broma. Guardo el lápiz y saco la bolsa de chuches, me meto una en la boca y la miro con una sonrisa espléndida.

—Pues imagínate hacer esos pasos de baile pero sin ropa. Cabalgarle a placer mientras toca con esas manos todo lo que encuentra a su paso. ¡Ni punto de comparación, cariño!

Natalia ha sofocado una carcajada y yo me regodeo viendo la cara con la mandíbula desencajada que se le ha quedado a Sole.

—¿A ti también te tengo que retocar? —pregunto a la chica pelirroja que permanece observando la escena y mirándome divertida.

—A mí todavía me aguanta el código de barras que me has puesto en el hombro, mira.

—De acuerdo —digo tras ver que efectivamente está intacto—, pues ya he terminado aquí. —Guardo la bolsa de chuches de nuevo y mientras cierro la riñonera añado mirando a Sole—: ¡Ah, se me olvidaba! No le llames Rodri... ¡lo lleva fatal!

Me despido de ellas justo antes de escuchar mi nombre detrás de mí. Me giro, extrañada de que ahora todo el mundo me necesite y busco la procedencia

de la voz.

Entonces los veo. Están al lado de Rodri, cogidos de la mano y con un tono de bronceado para morirse de envidia.

—¡Edu! ¡Gael! —grito emocionada antes de correr como una loca para darles un abrazo gigante—. ¿Pero qué hacéis aquí? Pensé que llegaríais mañana.

—Llegamos ayer por la tarde. Pensábamos recuperarnos del *jet lag* antes de dar señales de vida, pero no hemos podido evitar pasarnos y cotillear un poco —explica Gael mientras me levanta y me menea un poco de lado a lado. Creo que acaban de crujirme todas las vértebras.

—Ya... lo que no habéis podido evitar es venir a comprobar que Brais estaba tan bueno como os ha dicho Itziar —se carcajea Rodri.

—¡¿Nosotros?!

Lo han dicho los dos a la vez y ahora reímos todos. Qué monos son, y qué buena gente. Se casaron el mes pasado en una ceremonia taaaan bonita que casi me hacen dudar sobre la creencia de no necesitar un papel firmado para mostrar tu amor a otra persona. Todas, bueno, todos en realidad salimos de allí como si hubiésemos visto en sesión continua *El diario de Noah*, *Ghost* y *La vida es Bella*. Ni *waterproff* ni mierdas, acabamos con el maquillaje como el *Ecce homo* de Borja.

Rodri se acerca a mí y me besa la mejilla antes de rodearme la cintura con su brazo. La verdad es que desde que he hablado con él estoy más tranquila. Bueno, y desde que he callado la boca a la *peliteñida* también.

—Bueno chicos, me encantaría saber todo lo que habéis visto este mes recorriendo Italia, pero tengo un vídeo que grabar... ¿Os quedáis?

—Pues claro, ¿por qué te crees que estamos aquí? —pregunta Edu—. Estamos deseando verte en acción de nuevo.

—De acuerdo, pues poneos cómodos que empezamos ya.

La mano que Rodri tenía en mi cintura resbala hasta mi trasero, la otra me coge de la nuca y, en un ágil movimiento, me inclina para darme un beso de película. Mi corazón no se ha recuperado del susto, pero mi cuerpo, que tiene vida propia en cuanto entra en contacto con su piel, responde con ganas. Me anclo en su cuello y vuelvo a dejarme llevar.

Me levanta a la misma velocidad que me ha tumbado y rompe el beso haciéndome girar. Sonríe, el muy cabrón, sabiendo lo que es capaz de hacer en mi organismo, y me guiña un ojo antes de dar media vuelta para reunirse con el resto de bailarines. Por el rabillo del ojo veo a Sole con la boca abierta y yo me descojono mentalmente. Pero qué tonta soy... Mira que ponerme a dudar de lo nuestro.

—Joder, tía... Yo quiero bailar así —susurra Carmen mientras observa con los ojos como platos la coreografía que ha montado Rodri.

Es espectacular, la verdad. Dejando a un lado toda esta gilipollez supina de los celos, me siento súper orgullosa de él. Lleva muchos meses currando en esto, intentando hacerse hueco en este mundillo. Y ahí está. Con un disco grabado en un estudio y haciendo sus propias coreografías para el *videoclip*. No es de los que da grandes conciertos multitudinarios, pero hace algún que otro bolo y yo le acompaño siempre que puedo. Verle bailar y cantar sobre un escenario es... una puta pasada.

—Yo también, Carmen. Yo también.

Nos quedamos las dos embelesadas mientras la música de *The night* suena a todo volumen y los chicos empiezan a marcar los pasos casi con carácter militar. Todos sincronizados, siguiendo el ritmo electrónico. Contengo la respiración al observar cómo se preparan en formación alrededor de la silla donde antes marcaba los pasos Rodri con la rubia oxigenada. Pero Rodri no se sienta, lo hace Silvestre. Sole se coloca a horcajadas y ejecuta los mismos pasos a la perfección. Qué bien lo hace la *japuta*.

—¿Pero qué...?

—¡Corten! —escucho decir a uno de los cámaras al terminar de rodar la escena. Todos corren a otra parte del escenario para seguir con la grabación, pero yo quiero llamar su atención, quiero que me diga por qué ha cambiado las cosas cuando yo le he pedido que no lo haga. Ahora voy a parecer una loca celosa, joder.

—Vuelves a apretar la mandíbula —murmura Carmen en mi oreja.

—Lo sé.

Observo cómo todos se ponen en dos filas, unos frente a otros. Están haciendo como si se reflejaran en un espejo y empiezan a hacer los pasos sincronizados, aunque Rodrigo todavía no ha dado el inicio. A todo esto... ¿dónde está Rodrigo?

Miro por toda la nave, Silvestre está el primero en la fila frente a Bruno y se hacen caiditas de ojos, Sole frente a Natalia, un poco más allá veo a Brais... ¿Dónde coño se habrá metido?

—¿Qué buscas, Mena? —pregunta Gael a mi lado.

—A Rodrigo.

—Está ahí. —Y señala a mi derecha, se está acercando a nosotros y no le había visto antes porque uno de los cámaras le estaba tapando.

Cuando llega a mi altura besa mi sien y da la orden de empezar a grabar. No entiendo nada.

—¿Por qué no estás con ellos? —Estoy mirándole de frente, con el ceño

fruncido y totalmente descolocada—. Y por qué narices no has bailado con...

—Shhh —me chista. Y yo tomo aire porque odio que me chisten.

—No me digas...

—Están grabando Jimy. Shhh —vuelve a decir bajito.

Yo me callo inmediatamente. No sé qué me está pasando hoy. La Luna se ha alineado con Júpiter y como tengo un ascendente muy chungo por ahí... Son los astros los culpables de mi enajenación mental transitoria.

—Perdón.

—Y no estoy en todas las tomas ni soy el protagonista del vídeo. El bailarín principal es Silvestre —me explica muy bajito. La música empieza a sonar y, al llegar a la parte de la canción que toca coreografiar en este momento, todos empiezan sus pasos con gran precisión.

—Pero...

—Pero sí. El numerito de antes sobraba, solo estaba enseñando a Sole y Silver cómo tenían que realizar los pasos.

—Ah... —Soy imbécil.

—Te lo quería explicar en el camerino, pero me has puesto muy malo con la escena de novia celosa.

—Yo no estaba celosa... Espera, ¿novia? ¿Desde cuando somos novios?  
—respondo levantando la voz de nuevo.

—¡Corten! —se escucha al cámara que tengo al lado—. Hemos grabado un montón de murmullos. ¿Repetimos o lo pulimos en post producción?

Rodrigo sonrío divertido, me coge de las mejillas y me mira a los ojos.

—Solo tú, pequeño desastre —se vuelve al cámara y grita—: ¡Post producción!

Yo empiezo a reír y él me besa la punta de la nariz. Yo me relamo de anticipación, estoy deseando saborear de nuevo esos labios de gominola.

# AGRADECIMIENTOS

Antes de empezar a agradecer como una loca, tengo que hacer una mención especial a mis grandes, a mis chicos, **mis Albertos**, padre e hijo. Porque no podría estar más orgullosa de formar parte de esta *pequefamily*, porque son mi motor, mi gasolina, mis pedales. Porque son la sangre que bombea mi corazón.

Gracias, muchísimas gracias a ti, que me estás leyendo, por haber llegado hasta aquí. Por haberme dedicado tu tiempo y por haberme elegido como lectura para llenar tu tiempo libre.

Yo creo que para todos los que juntamos unas letras esta es la parte más difícil de plasmar en un papel. Sentarme, abrir mi corazón y mi mente para que todos seáis partícipes de mis sentimientos, es complicado, pero acordarme de todos y cada uno de los que me han ayudado en este camino... ¡Eso es lo más chungo! Así que voy a intentar hacerlo en orden y, por favor, perdonadme si no os véis en esta lista... seguramente ocupáis un lugar igual de importante en mi vida.

Siempre, siempre, siempre mi primer agradecimiento tiene que ir a mis niñas del foro de crepúsculo. Ellas son las que me animaron a seguir juntando una letra tras otra hasta formar una historia. A **Marieta** por ayudarme con el pistoletazo de salida, a **Teresa** por enseñarme desinteresadamente las primeras nociones de edición y betear mis fanfics; a **Reby, Pe, Mery, Ana, Mifer, Nuria, Vero, Sira, Anuska** y **Cris**, mis templarias, por ser las primeras en leerme, apoyarme y animarme: GRACIAS.

A **Mábel** y **Nury**, porque aunque entraron un poquito más tarde en mi vida, me ayudaron y animaron en esta andadura desde el primer momento. Por sus abrazos sinceros y su cariño en la distancia. Nury, por ser mi lectora cero en muchas ocasiones, Mábel, por ser mi estrella fugaz cuya estela seguir y mi soporte técnico a cualquier hora (os adoro): GRACIAS.

A **Ela**, por apasionarse por esta historia y ayudarme a sacarla adelante: GRACIAS

A mis apasionadas lectoras de Kilómetro Cero que no han parado de pedirme

que sacara otro libro: **Paloma, Liberty y Gema** (por dios decirle que se abra cuenta en Facebook): GRACIAS.

A **Mar y Natalia**, por alegrarme las tardes de parque con los peques y apoyarme con mis locuras: GRACIAS.

A mis **padres**, a mis hermanos **Miguel y Mario**, y a **Bárbara y Miguelito** por su cariño y apoyo, por permanecer a mi lado y no ruborizarse (demasiado) cuando les dije que escribía romántica erótica. GRACIAS

A mi sobrina **Lucía**, porque eres lo más bonito del mundo y te quiero con locura. Gracias por estar conmigo.

Al resto de **familia** (por favor, perdonad si os pongo a todos juntos pero no puedo ir uno por uno o los agradecimientos ocuparán más que el libro): tíos, primos (todos los segundos y los terceros también), cuñados, sobrinos. ¡Gracias a todos!

A mi compi **Mercedes** porque gracias a ella puedo hablar con alguien de lo que me apasiona en mi día a día. GRACIAS.

A mis **facebookianos y twiterianos**: Magda, Pedro B. Breis, Marta Abelló, Iván Gilabert, Paco, Elisabeth Marrón Suñé, Gemma Herrera Virto, Joaquím, Vero Monroy, Nere Gurutzeta, Sonia Aguirre, Sammir, Dorotea, Kike VRS, Joana Arteaga, Cleo Romano, Ana Dirtydraco, Saray García, Maria Eugenia, Stcogno, Rosa Larosaderosas, Leticia Mi pluma, Mariana, Cristina, Puri, Pili, Belewyn, Beatriz, Shammy, Pedro, Yasmín, Bella, María F. Parra... GRACIAS.

A **Jose Antonio** por entregarme su amistad a manos llenas, por confiar en mí ciegamente y por contar conmigo para sus futuros proyectos (que seas muy feliz en la nueva etapa de tu vida), GRACIAS.

A **Sebastián**, porque aparte de ser un autor que vale un imperio, es la persona con uno de los corazones más grandes que he conocido en mi vida. Gracias por estar ahí siempre, por las charlas en el *messenger*, por ser uno de los primeros fuera de mi zona de confort en apoyarme y mantenerte a mi lado, por confiar en mí, por ser mi amigo, por estar a tan solo una tecla. GRACIAS COMPI, gracias hermano de letras.

Y como siempre dicen aquello de los últimos serán los primeros... (al loro con los puntos *suspensorios* introducidos con premeditación y alevosía): a mis niñas, mis hermanas del alma, mis paños de lágrimas: **Diana** y **May**. Sabéis que os quiero un mundo (que eso ya os lo digo en persona), pero quiero daros las gracias por aparecer para iluminar mis días y quedaros contra viento y marea, a pesar de todo lo malo, de mis malos momentos y de mis problemas. Di, porque todo empezó en un paso de cebra; May, porque tu corazón traspasa la pantalla de mi móvil. GRACIAS por existir. Y por corregirme, leerme, releerme, betearme, editarme... aguantarme, en definitiva, en cada una de las facetas de mi vida. OS QUIERO.